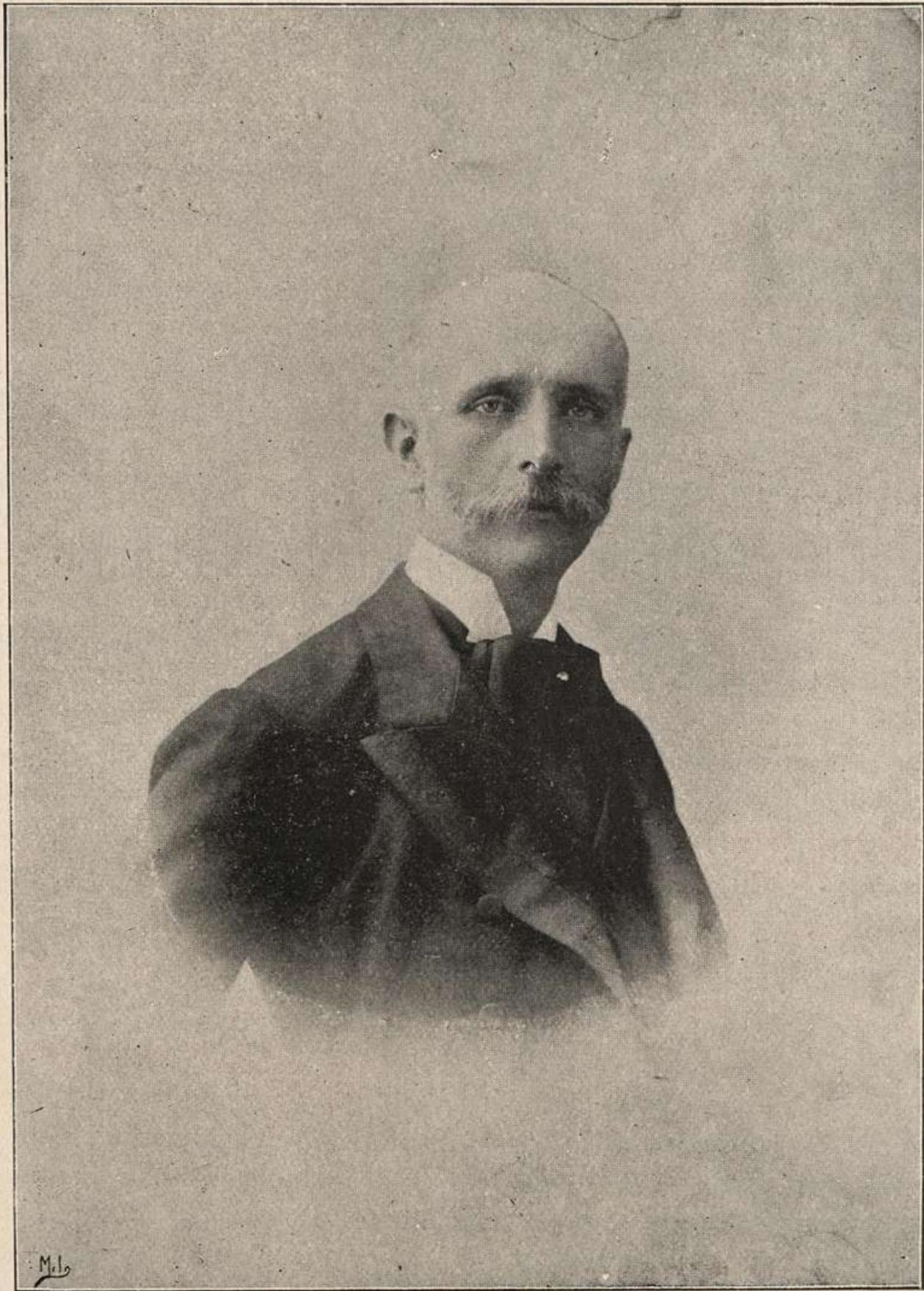


LIC. JOSE YVES LIMANTOUR.



AGOSTO DE 1905.



REVISTA MODERNA
DE
MEXICO

CONTESTACIÓN

DEL SR. D. JOSE Y. LIMANTOUR,

MINISTRO DE HACIENDA,

EN EL BANQUETE QUE LE FUÉ OFRECIDO POR BANQUEROS, COMERCIANTES,

INDUSTRIALES Y AGRICULTORES,

AL BRINDIS DEL SR. LIC. M. CALERO Y SIERRA, QUIEN FUÉ EL ENCARGADO PARA OFRECER LA COMIDA

«SEÑORES:

Es tarea más que difícil, por no decir imposible, expresar con fidelidad los sentimientos de simpatía y de viva gratitud, cuando embargado por la emoción, y poco familiarizado con la oratoria de sobremesa, se desea elevar el lenguaje á la altura del alma, y, por medio de frases elocuentes, hacer vibrar los corazones. Ese deseo no debo intentar realizarlo, porque demasiado conozco mi deficiencia. Prefiero hablar con ingenuidad y sin cuidar de la forma, seguro de que vuestra benevolencia y vuestra perspicacia, suplirán con creces lo que mis palabras no puedan expresar.

¿Qué deciros del admirable brindis que acabamos de escuchar, sino lo mismo que habéis sentido, y que seguramente habéis pensado también? De la manera más bella y elegante se os han recordado las terribles angustias de que hace más de diez años padeció la Nación, azotada por el hambre, la epidemia, y la ruina de una parte considerable de su riqueza; y se han pasado delante de vuestros ojos, en magistrales rasgos, las principales etapas económicas y hacendarias que desde entonces hemos recorrido, hasta presentaros en vivos colores el cuadro lisonjero de los resultados alcanzados después de dos lustros, y que, es de esperarse, afianzarán por

luengos años la prosperidad cada día creciente de la República.

Todo lo que á este respecto se os ha dicho, es cierto, muy cierto; y si no se hubiese asociado mi nombre de manera tan directa á la maravillosa transformación del país, nadie seguramente de los que estamos aquí reunidos, tendría reservas que formular para dar su aprobación sincera y entusiasta á lo que ha expresado con tanta elocuencia nuestro amigo el Sr. Calero. Permitidme, pues, que formule las mías, no aceptando, más que á título de galantería de anfitrión, y como testimonio de antigua simpatía, los elogios que me han prodigado, y los méritos que se me atribuyen con motivo de la sorprendente evolución económica que hemos presenciado.

Al patriotismo, al sentimiento de estrecha solidaridad, y á la abnegación del pueblo mexicano, se debe, en primer término, el éxito obtenido. Merced á esas cualidades de nuestro pueblo, los sacrificios sin número que le fueron pedidos en la forma de aumento de impuestos, reducción de sueldos, y privaciones de todo género, permitieron alcanzar en dos años la nivelación de los presupuestos; y realizar, poco tiempo después, igual nivelación en las condiciones del trabajo nacional, mediante la supresión de las aduanas interiores. (Aplausos).

Preciso es reconocer, sin embargo, que no se habrán obtenido de todos los elementos sociales que constituyen la Nación mexicana, la disciplina y el esfuerzo colectivos indispensables para emprender grandes obras, sin la mano vigorosa, la acertadísima dirección, y otras incomparables cualidades del hombre extraordinario que rige los destinos del país desde hace un cuarto de siglo, y que después de haber sofocado para siempre toda tentativa de desorden, supo crear una Administración pública inspirada en las ideas de morali-

dad, de justicia y de progreso. No extrañéis, señores, que al hacer alusión al gobernante insigne, á cuyo lado he tenido la honra de trabajar durante catorce años, no deje pasar la ocasión de tributarle ante esta concurrencia, tan selecta como numerosa, la admiración más profunda por sus excepcionales prendas, y mi reconocimiento por el cariñosísimo trato, y la confianza sin límites con que siempre me ha distinguido. Esta confianza ha sido para mí un motivo de legítimo orgullo, y, para merecerla, jamás he vacilado en asumir toda la responsabilidad de los actos de la Secretaría de mi cargo, especialmente de los muchos errores que, sin duda alguna, se han cometido durante mi larga gestión hacendaria. (Bien. Bien).

Con un suelo tan privilegiado como el que nos tocó en suerte habitar; con un medio social tan favorablemente dispuesto como el nuestro para todo lo bueno y noble; y con un Caudillo enérgico y justiciero, modelo de virtudes y progresista, la tarea de la Secretaría de Hacienda ha sido relativamente fácil, y no amerita que se le distinga de las demás labores de la actual Administración. Hay más todavía: el que tiene la honra de dirigiros la palabra, no ha estado en la brega solo, sino que se ha visto ayudado empeñosamente, en las circunstancias difíciles, por sus estimables colegas del Gabinete, de quienes espera todavía que no le escatimarán su benévolo concurso, para prevenir los peligros que suelen traer consigo las épocas de abundancia. (Bien. Bien).

También ha tenido el que habla eficaces colaboradores en las Cámaras, en el personal del ramo de Hacienda, y en las Comisiones especiales nombradas para el estudio de los problemas más arduos. Entre los colaboradores ocupa el primer lugar el laborioso, inteligente y leal amigo, que desde 1893 ha estado llevando, sin

interrupción alguna, casi todo el peso de los asuntos diarios de la Secretaría, que ha tomado participación en todas las congojas y contrariedades, y que, movido exclusivamente por el amor á su país, y por el espíritu de adhesión á sus amigos, ha sacrificado la mejor parte de su vida en aras de un trabajo abrumador, tan útil como ingrato. Lo habéis comprendido, señores, aludo á mi inapreciable compañero el señor Subsecretario de Hacienda. (Aplausos).

Para dar cima á mi propósito de atribuir á cada cual lo que le corresponde, quiero solventar una deuda, que es á la vez deuda de gratitud, y homenaje á la verdad y á la justicia. ¿A quién mejor que á vosotros los publicistas, y á los representantes del Comercio, de la Industria, de los Ferrocarriles, de la Banca y de los demás ramos de la riqueza pública; que habéis vivido en contacto frecuente con el Gobierno; que lo habéis ilustrado con datos y opiniones, hijos de vuestra experiencia; que habéis contribuido de mil maneras á dar impulso á los múltiples ramos de la producción nacional: á quién mejor que á vosotros, repito, corresponde el inapreciable mérito de haber traído, para luchar con tantos elementos adversos, todas las fuerzas vivas de la Nación al campo de batalla, de donde por fin surgió radiante la victoria del bienestar y del progreso?

¿No es á vosotros á quienes me he dirigido en los momentos de aflicción? ¿Puedo olvidar que jamás me ha faltado vuestro concurso y el del sinnúmero de personas y empresas que representáis, cuando se ha tratado de luchar contra la miseria y la mala suerte, ó de implantar una reforma?

Pues bien, ya que en vuestra actitud, prudencia y honradez ha confiado sin ce-

sar el Gobierno; y ya que los principales gremios del trabajo nacional han tomado participación tan activa en la regeneración del país, no soy yo, señores, el que debe ser objeto de esta brillante fiesta, sino todos vosotros, extranjeros y mexicanos, que, unidos por los nobles vínculos de la confraternidad humana, ostentáis, con la gratisima satisfacción del que sabe ajustar sus hechos á sus palabras, el hermosísimo lema latino: *Labor omnia vincit*. (Aplausos).

Probablemente sabéis, que desde que fui honrado con la Cartera de Hacienda, nunca he querido prestarme á manifestaciones como ésta, por lo que me he visto con pena en el caso de rehusar invariablemente toda clase de agasajos, por modesta que fuese la forma en que se pretendía hacerlos. Hoy que nadie puede atribuirme ya miras políticas, y que á mayor abundamiento se ha sabido de boca de la persona más autorizada para afirmarlo, que jamás he abrigado la menor ambición de ese carácter, ha desaparecido la causa principal de mi exagerado retraimiento, y por este motivo me apresuré á aprovechar, con sumo placer, la ocasión que me proporcionábais de sentarme á vuestra mesa, y de expresaros con toda la fuerza de que soy capaz, mi gratitud.

Para concluir, señores, os invito á que levantemos nuestras copas:

Por el Primer Magistrado de la Nación.

Porque subsistan y se estrechen los lazos de unión y de simpatía entre el Poder Público y las clases sociales que tan dignamente representáis.

Por vuestra felicidad personal y el éxito de vuestras empresas.

Por la prosperidad de la República.»

SOY COMO LA GOLONDRINA

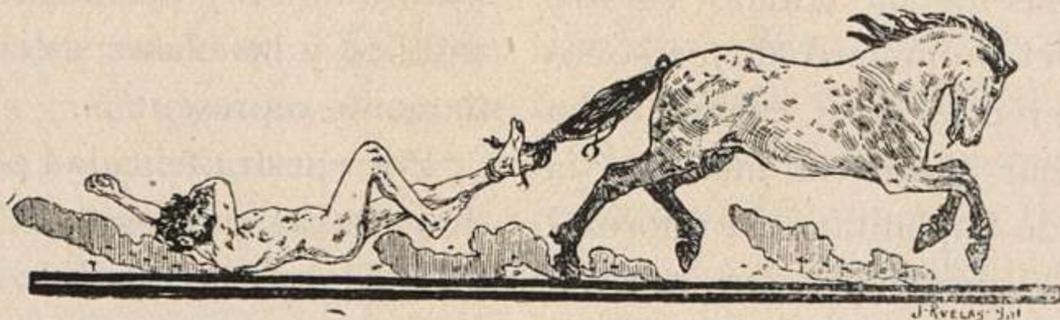
Allí donde el sol calienta,
Anida la golondrina,
Los aires cruza contenta
Y charla en la triste ruina.

Donde hay nieve despiadada
No vive la golondrina,
Huye de real morada
Y de alberca cristalina.

En la amistad y el amor
Yo evito hielo y neblina
Y moro donde hay calor,
Soy como la golondrina.

EFRÉN REBOLLEDO.

Guatemala, Marzo de 1905.



FLORES DE LOS CAMPOS

Á las puertas de la ciudad, solícitas acogen nuestros pasos, tendiendo una alfombra de jubilosa policromía que se agita locamente á las claridades del sol. Es evidente que nos esperaban. Desde los primeros rayos de Marzo, el Rompe-nieve ó Campánula de invierno, hijo heroico de la escarcha, ha sonado el despertar. Entonces salen de la tierra esfuerzos aun informes de una memoria dormida, vagos fantasmas, pálidas flores, ¡apenas flores! el Saxifrago-de-tres-dedos ó Rompe-piedra; la Bolsa-del-Pastor, casi invisible; la Scila de dos hojas; el Eléboro fétido ó Rosa de la serpiente; la Laureola envenenada y sombría; el Petasito, que llaman aún lúgubremente hierba del tiñoso, hierba de la peste, todos y todas de salud raquítica y sospechosa; tentativas azuladas, rosadas, indecisas; primera fiebre de vida en que la naturaleza expulsa sus malignos humores; cautivas anemiadas que liberta el invierno; convalecientes de las prisiones subterráneas; ensayos tímidos y torpes de la luz aún amortajada.

Pero pronto ésta se aventura en el espacio; los pensamientos nupciales de la tierra se iluminan y se purifican; los esbozos desaparecen; los vagos sueños de la noche se desvanecen, como una niebla disipada por la aurora; y en derredor de las ciudades, donde el hombre las ignora, las buenas flores rústicas comienzan en el es-

pacio su fiesta sin testigos. ¡Qué importa ellas están allí y hacen ya su miel, cuando sus hermanas orgullosas, las que tienen todos nuestros cuidados, tiemblan aún en el fondo de los invernaderos. Estarán allí lo mismo, en los prados inundados, en los senderos herbosos, y para ornar las rutas con simplicidad cuando las primeras nieves cubran las praderas. Nadie las siembra y nadie las recoge. Sobreviven á su gloria, y el hombre las maltrata bajo sus plantas. Sin embargo, no hace mucho tiempo, representaban ellas solas la alegría de la naturaleza. Hace unos cien años, antes que sus hermanas, brillantes y friolentas, llegaran de las Indias, de las Islas, del Japón, ó antes que sus propias hijas, ingratas y desconocidas, hubieran usurpado su lugar, ellas nada más alegraban las miradas afligidas; ellas nada más iluminaban la puerta de las cabañas, el patio del castillo, y seguían en los bosques el paso de los enamorados. Pero esos tiempos no son ya, y ahora están destronadas. No han conservado de su pasada dicha más que los nombres que recibieron cuando eran amadas. Y esos nombres demuestran lo que fueron para el hombre: todo su reconocimiento, su atenta ternura, todo lo que él les debía, todo lo que ellas le daban, se encuentra encerrado, como dentro de las perlas huecas, un aroma secular. Tienen, pues, nombres de reina, de pastora, de vir-

gen, de princesa, de sílfide y de hada, que pasan, como una caricia, un relámpago, con un beso y un murmullo de amor sobre los labios. No hay, yo creo, en nuestra lengua, nada que esté mejor, más delicada y más afectuosamente designado que esas flores populares. En este caso, la palabra viste casi siempre la idea con un cuidado, una precisión ligera, una felicidad admirable. Es como una tela ornada y transparente que amolda exactamente la forma que envuelve, y que tiene el matiz, el perfume y el sonido que convienen. Nombrad tan solo la Margarita, la Violeta, el Jazmín y la Amapola: el nombre es la flor misma. ¡Qué maravilla, por ejemplo, esa especie de grito, y de cresta de luz y de alegría: «Amapola,» para designar la flor escarlata que los sabios abrumaban con el título bárbaro de «*Papaver rhoeas!*» Ved la Primavera ó Primerola, la Pervinca, la Anémona, el Jacinto de los bosques, la Verónica azul, el No-me-olvides, el Iris, la Campánula: su nombre los pinta por equivalentes y analogías, que los más grandes poetas no encuentran sino raramente. Es toda su alma ingenua y visible. Se oculta, se inclina, se eleva en el oído, como las que lo llevan se disimulan, se inclinan ó se levantan entre los trigales ó en la hierba. Esos son los pocos nombres que todos conocemos; ignoramos los otros, bien que su música describa con la misma dulzura, el mismo feliz ingenio, á las flores que vemos á la orilla de cada camino y en todos los senderos. Así, en este momento, es decir, hacia el fin del mes en que el trigo cae bajo la hoz, los taludes de los caminos se cubren de un violeta pálido: es la dulce y tierna Escabiosa que acaba de abrirse, discreta, aristocráticamente pobre y modestamente bella, como lo anuncia su título de piedra preciosa velada de bruma. En derredor de ella un tesoro se derrama: es el Renúnculo ó Bo-

tón de oro, que tiene dos nombres como tiene dos vidas; pues es á un tiempo la inocente virgen que cubre el césped de gotas de sol, y la temible y venenosa hechicera que distribuye la muerte á los animales distraídos. Es aún la Mil-hojas y el Hiperico, florecillas en un tiempo útiles, que se van por los caminos como silenciosas pensionarias de gris uniforme; el vulgar é innumerable Bonvarón de los pájaros, su hermana mayor la Chicoria de los campos, luego la peligrosa Yerba-mora, la Dulzamara que se oculta, la rampante Centinodia; todas las especies sin brillo, de resignada sonrisa, que llevan la práctica y grisácea librea del otoño ya presentado.

*
* *

Pero, entre las de marzo, de abril, de mayo, de junio, de julio, recordad los nombres de fiesta, las sílabas primaverales, los vocablos de azur y de alba, de claro de luna y de sol! Ved al Rompe-nieve ó Campana de invierno, que anuncia el deshielo; la Estelaria ó Collar de la Virgen que saluda á las niñas que hacen su primera comunión, á lo largo de las cercas, cuyos follajes tienen aún hojas indecisas y precarias, como una diáfana niebla verde. Ved á la Ancolia triste, y á la Salvia de los prados, la Enula, la Jasiona, la Angélica, la Niela; el Aleli vestido como la criada de un cura de aldea; la Osmunda, que es un helecho real; la Lúzula; la Parmelia de los muros; el Espejo de Venus; el Euforbio ó Ezula de los bosques, misteriosa y llena de un fuego sombrío; la Phisálida, cuyo fruto madura dentro de una linterna roja; el Beleño, la Belladona, la Digital, reinas envenenadoras, Cleopatras envueltas en gaza de los lugares incultos y de los bosques frescos. Y luego, aun la Manzanilla, la buena hermana de las mil

sonrisas que trae en un *bol de fayenza* la tisana saludable; la Pimpinela y la Coronilla, la Menta fría y el Sérpol rosa, la Esparcilla y la Eufrasia, la gran Margarita, la Genciana lila y la Verbena azul, la Enserina, la Anthemia, la Cirse lanceolada, la Potentila, la Genistela. Enumerándolas se recita un poema de luz y de gracia. Se les ha reservado los sonidos más amables, los más puros, los más claros, y toda la alegría musical de la lengua. Se diría que son los «*Dramatis Personæ*,» los corifeos y los figurantes de una inmensa magia, más bella, más imprevista y más sobrenatural, que las que se desarrollan en la Isla de Próspero, en la corte de Theseo ó en la selva de las Ardenas. Y las lindas actrices de la comedia muda é infinita: diosas, ángeles, demonios, princesas y hechiceras, vírgenes y cortesanas, reinas y pastorcillas, llevan entre los pliegues de sus nombres el mágico reflejo de innumerables auroras, de innumerables primaveras, contempladas por hombres olvidados, como también llevan el recuerdo de millares de emociones, profundas ó ligeras, que ante ellas experimentaron las generaciones desaparecidas sin dejar ninguna huella.

*
* *

Son interesantes é incomprensibles. Se les llama vagamente las «Malas Hierbas.» No sirven para nada. Aquí y acullá algunas, en muy viejas aldeas, guardan aún el prestigio de virtudes dudosas. Aquí y acullá alguna de ellas, en el fondo de los bocalles de los boticarios ó de los herboristas, esperan aún el paso del enfermo fiel á las infusiones tradicionales. Pero la incrédula medicina las desdeña. No se les re-

coge ya según los ritos de antaño; y la ciencia de los «Simples» se borra en la memoria de las buenas mujeres. Se les hace una guerra sin piedad. El campesino las teme, el arado las persigue, el jardinero las odia y se arma contra ellas de armas ruidosas: el azadón y el rastrillo, la hoz y la pala, la barra y la podadera. A lo largo de los grandes caminos, su refugio supremo, el pasante las aplasta y la carreta las destroza. A pesar de todo, vedlas: permanentes, seguras, pululantes, tranquilas, y ni una sola falta al llamamiento del sol. Siguen las estaciones sin desviarse ni una hora. Ignoran al hombre que se agota para vencerlas, y apenas él descansa cuando ellas brotan tras de sus pasos. Y subsisten audaces, inmortales, intratables. Han poblado nuestros jardines de hijas magníficas y desnaturalizadas; pero ellas, las madres pobres, han permanecido semejantes á lo que eran hace cien mil años. No han agregado un solo pliegue á sus pétalos, ni deformado un pistilo, ni alterado un matiz, ni innovado un perfume. Guardan el secreto de una misión tenaz. Son las primitivas y las indelebles. El suelo les pertenece desde su origen. Representan, en suma, un pensamiento invariable, un deseo obstinado, una sonrisa esencial de la Tierra. Por eso es bueno interrogarlas. Evidentemente tienen algo que decirnos. Y luego no debemos olvidar que fueron las primeras, como las albas y los otoños, como las primaveras y los ponientes, como el canto de los pájaros, como la cabellera, la mirada y los gestos divinos de la mujer, en enseñar á nuestros padres que existen sobre este globo cosas inútiles y bellas. . . .

MAURICIO MAETERLINCK.

ANADYOMENA

ENVÍO

Van hacia ti mis rimas en amoroso ruego;
Las llamas y las rosas de mi pasión te dan. . . .
La admirable belleza de los ojos de fuego
Sabe que son abejas que hasta sus labios van.

Y ama de las abejas el vuelo alegre y ciego;
Los sueños que en sus alas escondidos están;
Las ondas en que el alma de mis rimas anego
Y que á sus pies la ardiente canción murmurarán.

Sabe que por la selva terrible de mi vida,
(Donde un leve boscaje de laureles convida
A evocar la celeste visión crepuscular).

Pasó la Anadyomena por mi amoroso ruego....
La admirable belleza de los ojos de fuego
Dió al altar de Afrodita la mirra de su altar.

RICARDO JAIMES FREYRE.

SUEÑO DE MARMOL

Junto á la clara linfa, bajo la luz radiosa
Del sol, como un prodigio de viviente escultura;
Nieve y rosa su cuerpo, su rostro nieve y rosa,
Y sobre rosa y nieve su cabellera obscura.

No altera una sonrisa su majestad de diosa
Ni la mancha el deseo con su mirada impura;
En el lago profundo de sus ojos reposa
Su espíritu que ignora la dicha y la amargura.

¡Sueño de mármol! Sueño del arte excelso! Digno
De Escopas ó de Fidias, que sorprende en su signo,
Un actitud, un gesto, la suprema hermosura,

Y la ve destacarse, soberbia y harmoniosa,
Junto á la clara linfa, bajo la luz radiosa
Del sol, como un prodigio de viviente hermosura....

RICARDO JAIMES FREYRE.

Tucumán, (República Argentina).



Original inédito de J. Ruelas.

PAIS DE MUSMÉS Y PAIS DE GUERRA

Capítulo de un libro.—El partido de la paz.

.... Uno sólo, grande personaje del Japón, ha comprendido verdaderamente el valor de la civilización occidental; me refiero al marqués de Ito.

De una inteligencia superior, este hombre notable no ha tenido jamás sino un deseo: elevar á su país á la altura de las primeras naciones del mundo, no solamente en lo que concierne á su progreso material, sino también en lo que constituye su fuerza y su belleza, es decir, el respeto al individuo y á sus derechos y el culto de la justicia y de la libertad.

Con ideas tan nobles y generosas, el marqués Ito no se opuso evidentemente á una política semejante á la paz armada en su país, pero conservaba la esperanza de que estos preparativos militares no servirían sino para hacer respetar á su patria, sin arrastrarla á funestas guerras.

El marqués Ito se daba cuenta, como todo el mundo, de la gravedad de la situación económica del Japón, resultante del desarrollo formidable de la población.

Al principio esperó que la industria y el comercio proporcionarían nuevos y grandes recursos al país.

En efecto, el Japón no podía ya conformarse con subsistir sobre su propio suelo; pero la China estaba ahí, con horizontes inmensos para toda industria naciente, y

las naciones europeas se hallaban prontas á traficar con el Japón.

Alentó, pues, tanto como pudo, á todas las nuevas empresas comerciales é industriales, y se esforzó en dar un inmenso impulso á la marina mercante.

El marqués Ito soñaba en hacer de su país una nueva Inglaterra. El sueño era hermoso.

Desgraciadamente es mucho más fácil hacer del japonés un admirable guerrero, que un buen obrero, más fácil obtener su vida que su trabajo.

El japonés consiente de buen grado en pulir minuciosamente durante meses enteros un *bibelot* cualquiera; pero no pasa de allí.

Por otra parte, es imposible hacer de él un buen comerciante, por dos razones: la primera es la de que desdeña tanto el comercio, como aprecia las armas; la segunda es la de que cuando desciende hasta el comercio se niega enérgicamente á admitir que el respeto de la palabra empeñada y el empleo del tiempo deban considerarse como factores indispensables en todo asunto comercial. El japonés no ve en el comercio sino el último de los oficios, y no le parece excusable sino porque por medio de él puede despojar á los europeos; no percibe que fuera de toda

cuestión moral, el único secreto del comercio consiste en mantener los propios compromisos, pues esta es la base del crédito, y que, sin crédito, se hace imposible todo comercio.

De esta manera, desde 1900, á pesar de algunos progresos alcanzados, el marqués Ito debió rendirse ante la evidencia: el pueblo japonés jamás llegaría á suplir con su industria y su comercio aquello de que carecía.

Quedaba, y aun se imponía, una solución: ayudarse, servirse de los otros amarillos, á reserva de dominarlos y aun de conquistarlos. Para llegar á este fin había que contar con los europeos; era preciso, puesto que los intereses están repartidos, congraciarse con una parte de aquéllos, para aniquilar la influencia de los otros.

El marqués Ito soñó muy al principio en una «entente» con Rusia; daba con esto pruebas de un notable criterio político. Nada se oponía á esta «entente;» preténdase lo que se quiera actualmente, los dos gobiernos, ruso y japonés, tienen más de un punto de semejanza; y el partido de los grandes duques, por ejemplo, tiene un poder análogo al de los «genros;» además, la misma norma de conducta con respecto á la China y Corea, idéntica manera de insinuarse muy suavemente en sus asuntos.

Para abreviar, paso rápidamente sobre este asunto, puesto que esta «entente» no ha podido celebrarse; diré simplemente que si, en lugar de batirse, los rusos y los japoneses se hubiesen aliado, hubieran podido repartirse tranquilamente toda el Asia, sin que nación alguna hubiera sido bastante fuerte para oponerse á ello.

El marqués Ito estaba perfectamente decidido á este reparto, que justificaba los aprestos militares á los ojos del pueblo que daba recursos infinitos al país, y que, en suma, hacía del Japón, sin gastos y sin

guerra, uno de los primeros pueblos del mundo.

Con tan grandiosas ideas se dirigió á San Petersburgo en 1901.

Pero el Gobierno ruso, estaba desgraciadamente muy mal informado respecto de la fuerza efectiva del Japón; y no pensaba, en lo más mínimo, en hacerle participar de un pastel que apetecía entero para sí.

Rusia, entonces, veía, en efecto, aumentar su influencia, tanto en la corte de Corea como en la de Pekín.

El Emperador de Corea le era tanto más adicto, cuanto que su esposa había sido asesinada por los japoneses. Por otra parte, el pueblo coreano sabía, por tradición, las espantosas matanzas debidas al salvajismo de los japoneses en sus múltiples expediciones de otros tiempos al continente. Recordaba, particularmente, las trescientas mil orejas cortadas por los japoneses en el siglo diez y seis, y llevadas triunfalmente á Kioto, donde, con este motivo, hicieron construir un monumento.

Para abreviar, paso por alto una porción de hermosas historietas, y las mejores.

En cuanto á los chinos, el recuerdo de la guerra de 1895, del ataque de los nipones, sin declaración de guerra, de la atroz manera con que trataban á sus adversarios, no era para inspirarles una simpatía muy viva por los japoneses, cuyo carácter belicoso y pirata han despreciado y temido siempre.

Rusia creía tener buen juego; en 1900 había halagado á la corte de Pekín, fué la primera en retirar sus tropas de la ciudad imperial, é insistió en que la Emperatriz conservara su prestigio. Por consiguiente, Rusia, que, por otra parte, tenía fronteras tan extensas con China, parecía poder llegar á dominar por sí sola este inmenso imperio,

El transiberiano fué terminado, y el camino de fierro de Hankéou-Pekín, en buena vía de construcción, debía, en cierto modo, acabar de ligar á Moscou con el corazón mismo de China.

El marqués Ito se dió cuenta de que Rusia no sólo no quería reparto alguno, sino que aun contaba con no dejar ni la más pequeña parte al Japón, á quien desdénaba, muy indebidamente, como los acontecimientos lo han demostrado.

Fué entonces cuando el marqués Ito, despechado, abandonó la idea de una alianza ruso-japonesa y se volvió, por el contrario, hacia Inglaterra, á fin de que esta potencia sirviera, por lo menos, para circunscribir la lucha entre el Japón y Rusia, lucha que se hacía fatalmente cuestión de vida ó muerte para el Japón, el que, desbordándose en sus islas, no podía resignarse á que se le cerrara el continente.

Con todo, hasta el último momento esperaba el marqués Ito que Rusia volviera á una sabia política de acuerdo.

Por intermedio de su fiel y devoto Ministro en San Petersburgo, Sr. Kurino, se esforzó todavía por evitar la guerra; pero tenía que fracasar, pues los partidos militares, tanto en Rusia como en el Japón, no querían ni oír hablar siquiera de una conciliación que les quitaría la gloria que cada uno de ellos esperaba conquistar.

El marqués Ito llegó hasta ser acusado en el Japón de falta de patriotismo, sólo porque preveía la ruina de su país aun después de una guerra victoriosa. Sin embargo, nadie es más patriota ni ha prestado al Japón mayores servicios que este eminente hombre de Estado.

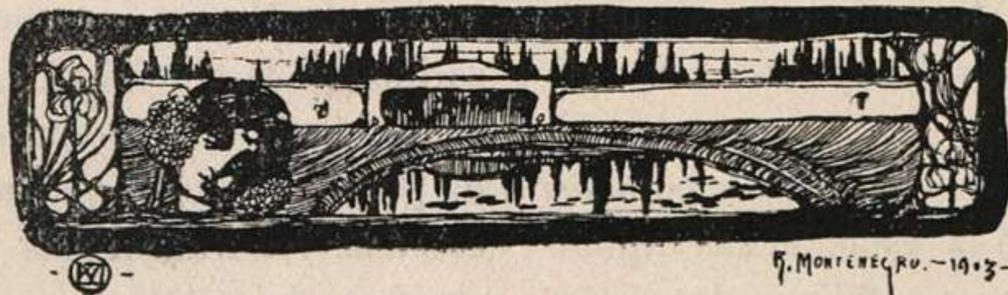
En estos momentos sostiene al partido de la guerra, ya que no ha podido evitar la tremenda colisión; pero sólo con la muerte en el alma piensa aún en su proyecto de otros tiempos de compartir el Asia con Rusia.

Pero se objetará en favor de Rusia: ¿el Japón era sincero? Después de haber penetrado con Rusia en China, no hubiera hecho volverse á esta última contra su aliada de la vispera? Es posible, evidentemente.

En todo caso, no nos toca á nosotros juzgar de la conducta de Rusia. Esta potencia hubiera podido aliarse al Asia entera contra Europa; pero nosotros no sabemos más, sino que, por el contrario, ha servido de campeón á la raza blanca, sean cuales fueren los motivos que le hayan determinado á desempeñar este penoso papel.

Volviendo al sueño pasado del marqués Ito, á la alianza ruso-japonesa, puede ser que lo veamos un día realizarse, cosa que yo, por mi parte, no deseo.

CHARLES PETIT.





AMADO NERVO

Hace dos noches, el andén de la estación del ferrocarril rebosaba de gente inquieta. Había, sobre todo, muchos jóvenes; y era de llamar la atención el abigarramiento de trajes, entre los cuales superaban los hongos de anchas alas y las corbatas sueltas. Todo ello dejaba indicar que en aquella reunión andaban codeándose los artistas. En efecto, los representantes de la cultura metropolitana, desde el Ministro Sierra hasta los estudiantes poetas, habíanse citado allí para despedir á uno de nuestros más gloriosos literatos: á Amado Nervo.

Todas las clases sociales é intelectuales habían mandado á la estación sus diputaciones. Los hombres públicos, los diplo-

máticos, los políticos, los parlamentarios y los músicos, los pintores, los que labran el mármol y los que labran la rima, querían dar un abrazo á este muchacho bueno, noble, dulce, que ha paseado aristocráticamente su musa por los salones, por las calles, por los talleres, con una suelta y suprema elegancia que se parecía al desdén, sin serlo, por supuesto, en la altiva indiferencia con que este Búckingham regaba las perlas de su exquisito talento.

Amado Nervo era uno de los grandes cariños de la ciudad. Cuando iba por las calles, distraído y sonriente, con la mirada puesta en no sé qué invisibles y aéreas escenas, los transeuntes cuchicheaban el nombre del poeta, que es dueño ya de

una popularidad fina, de *boulevard*, y algún amigo risueño sacudía al abstraído y le gritaba un afectuoso saludo. El soñador despertaba un breve rato para charlar deshilvanada y deliciosamente de cualquier futilidad, en la que él espolvoreaba chispeantes átomos de ingenio. A poco andar, el incansable ensimismamiento volvía sobre su presa, y Amado Nervo tornaba á sus mudos monólogos interiores.

Las vías principales de la Capital lo conocían íntimamente. Flaneaba por ellas, á pie, de pie, mejor dicho, en una brumosa nube de ensueño. Volvió de París más poeta, más trabajador y más triste. Se había conquistado ya amigos, simpatías y admiraciones: todo ello sólido y definiti-

vo. ¡Qué bien piensa, qué bien siente, qué bien escribe este espléndido narrador, este poeta nuevo, singular, originalísimo, un poco neurótico, un poco excéntrico, pero siempre artista, delicado y sutil!

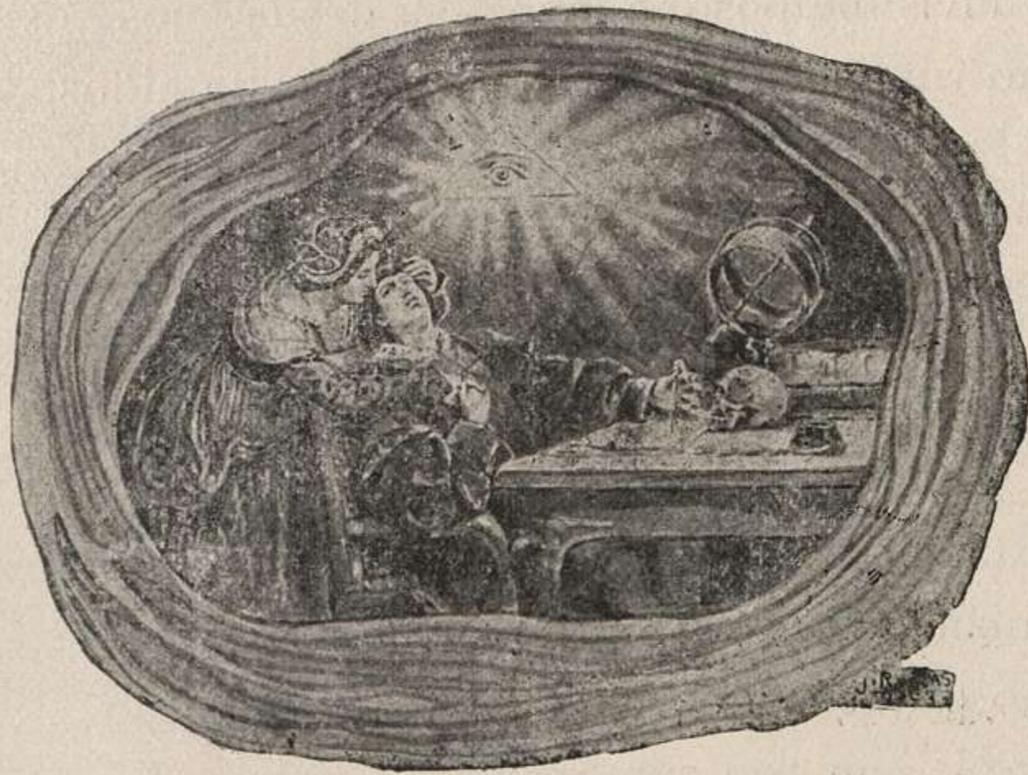
Ahora se nos vuelve á ir. La ciudad envió á sus representantes á la estación, y la despedida fué rumbosa.

Amado Nervo ha alcanzado su mejor victoria: ser querido y ser admirado de los grupos intelectuales es una rareza.

El esfuerzo de mi amigo fraternal no ha sido, pues, infructuoso. Ese recuerdo lo acompañará como un buen compañero de viaje.

—Hasta la vista, hermano mío!

LUIS G. URBINA.



TRAS LA QUIMERA

El sueño era á tus ojos simbólico paisaje;
Tu barca de oro y gules surcó el dormido lago,
Y una discreta aurora bañó con tinte vago
La pléyade de cisnes de nítido plumaje.

Ornaban nubecillas de cándidos crespones
Las ondulantes curvas de las azules lomas,
Y en el zafir olímpico, bandadas de palomas
Fingían con sus alas un vuelo de ilusiones.

El aura sus estrofas dejaba en tus oídos;
La luz, sobre tus crenchas, cambiantes y reflejos,
Y el invisible bosque mandaba desde lejos
Como rumor de frondas y preludiar de nidos.

Tu nave desfloraba las aguas silenciosas;
La estela era una cauda efímera de espuma,
Y el inconsútil velo de la impalpable bruma
Borraba los extraños perfiles de las cosas.

Y tú, desnuda y blanca. Sobre tus senos breves
Erguían los pezones su pico sonrosado
Como candentes ósculos del sol enamorado
Sobre la enhiesta cumbre de las alpinas nieves.

Los cuellos enarcados, ebúrneos y sedeños,
Los cisnes misteriosos flotaban en las linfas,
Y entre ellos, como diosa cercada de sus ninfas
Te alzabas en el triunfo glorioso de tus sueños.

Tú misma no sabías á dónde los antojos
Del céfiro empujaban tu barco de oro y gules,
Y en pájaros de armiño y en vértices azules
Ibas posando el ávido anhelo de tus ojos.

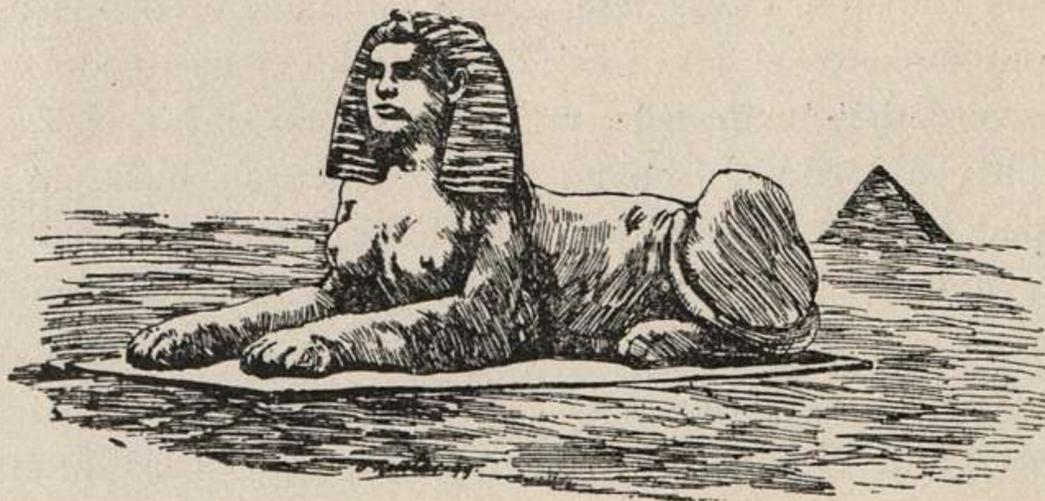
.....

¡Oh, nave, que no llegues jamás á la ribera!
¡Oh, trasparente lago, ensancha tus espejos,
Y siga entre las nubes de nácar, á lo lejos,
En vagos horizontes flotando la quimera!

Y tú, la que has cruzado por mares adormidos
Y viajas por remotas, fantásticas regiones,
Embriágate en los sueños hermosos y mentidos
Donde hay rumor de frondas y preludiar de nidos
Y pájaros que pasan en vuelo de ilusiones.

1905.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.





TRES OBRAS DE FIDENCIO NAVA

Entre los artistas pensionados por nuestro Gobierno en Europa, el escultor Fidenzio L. Nava se distingue por su amor al estudio y su laboriosidad. El número de sus obras es ya considerable, y en ellas puede verse un adelanto progresivo y un mérito creciente, que de continuar, lo colocarán al fin en un lugar alto y envidiable. En algunos de esos trabajos, cuyas fotografías hemos contemplado, el joven escultor ha estado verdaderamente feliz, y en todas es palpable el ahinco y el esfuerzo de una personalidad que se busca y que, al cabo de esa inevitable pugna, se encontrará seguramente.

Hoy publica «Revista Moderna» tres grabados que representan obras de Nava, y atestiguan una vez más su labor incansable.

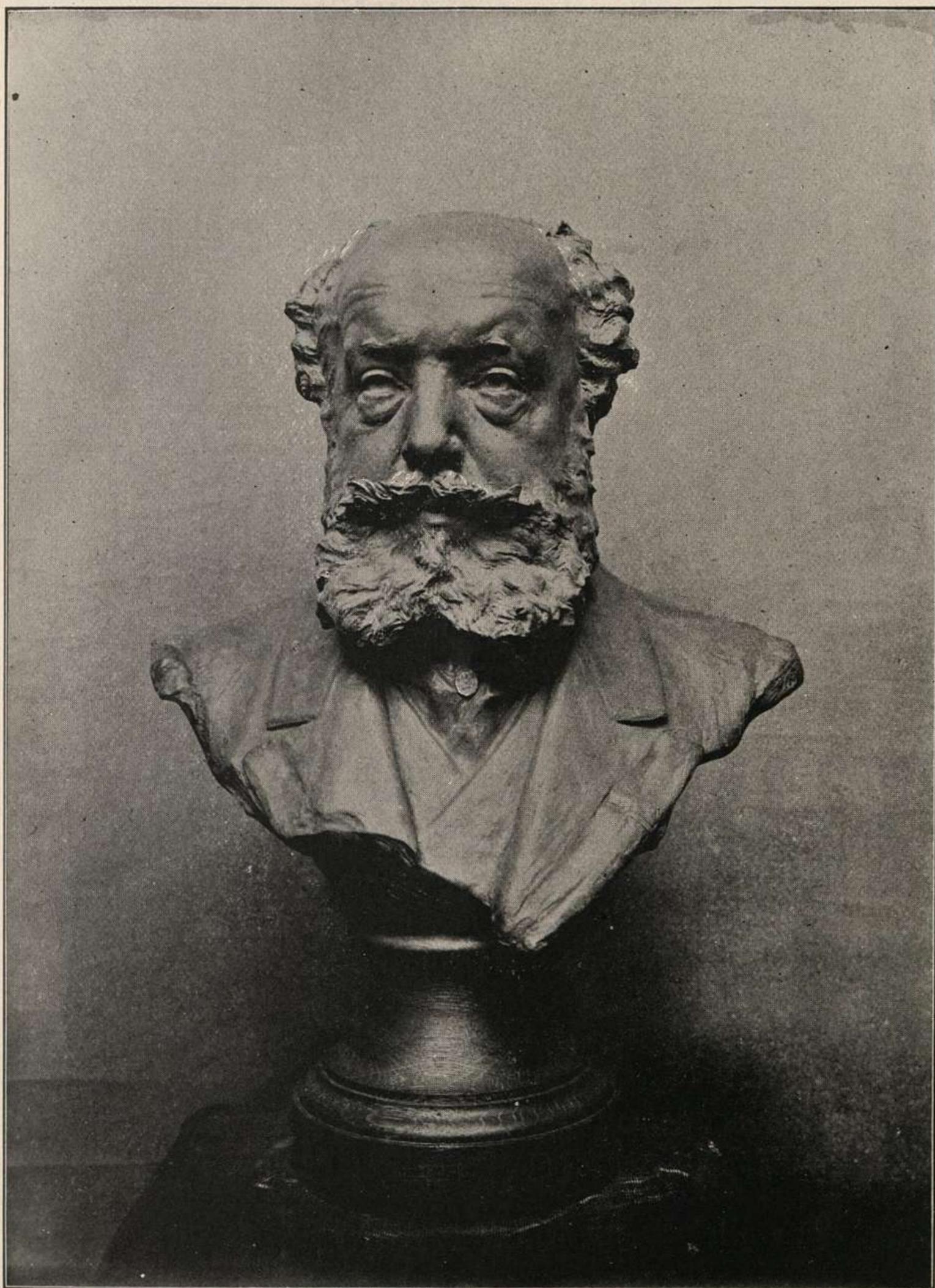
La plaqueta alegórica tiene, entre sus cualidades, el defecto de ser quizás algo recargada; el Busto de Mr. Tissandier revela un minucioso trabajo, aunque en la fotografía hace el efecto de estar un tanto desdibujado.

El busto, por fin, á nuestro juicio, la obra más considerable de las tres, denota una saludable preocupación del natural, y un estudio concienzudo y vigoroso.

Lo hemos dicho, Nava, como todos los que comienzan, lucha aún por la conquista de la propia personalidad, y no logra aún desprenderla enérgicamente y sellar con ella sus obras; pero no creemos lejano el día en que en sus trabajos dejen de verse reminiscencias de tal ó cual maestro célebre. Nada faltará entonces á Nava para ser un grande y cabal artista.

SALÓN 1905.

M. Tissandier. Director de la "Nature."



Bronce de Fidencio Nava.

ÉXODO

A JESÚS URUETA.

Hay un hondo silencio, pavoroso, en las almas;
el amor y la fe, la esperanza y la gloria,
han deshojado todas las simbólicas palmas
y han volcado el Leteo en la noble memoria.

El sabio y el magnate, el burgués y el poeta,
ruedan en el silencio de un infierno de hielo;
se ha pegado á los rostros la implacable careta
del egoismo; y rueda, también, callado el cielo.

Ni se mueven las hojas, ni palpitan los nidos;
sólo rompe esa *Nada* formidable, á las veces,
un acento que azota á los tristes vencidos,
de cuyos labios secos ya no vuelan las preces.

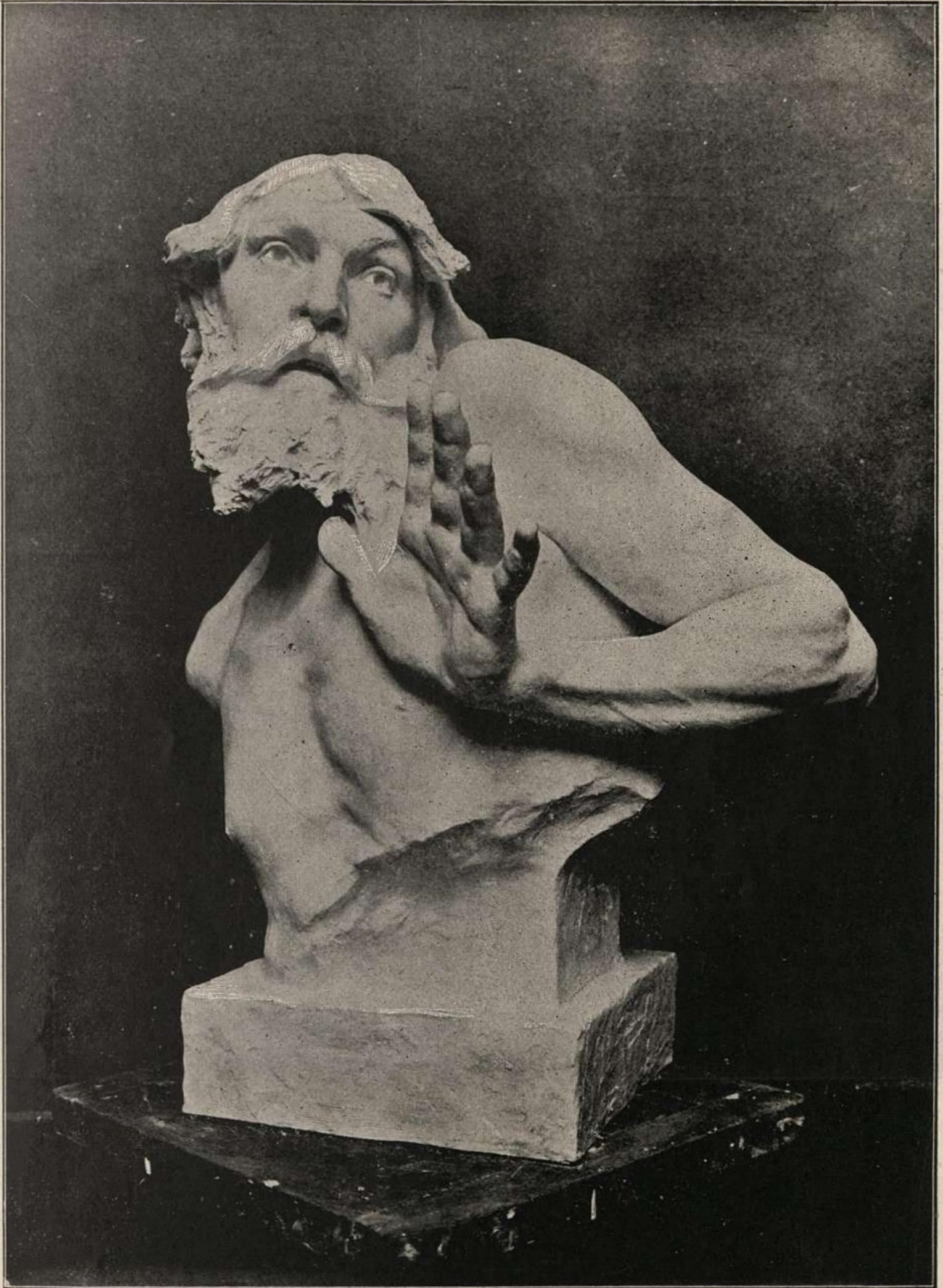
Y la Esfinge, en las largas lejanías de la vida,
sus ojos sin pupilas clava, desde su asiento
de movibles arenas, mirando la caída
de los astros errantes del negro firmamento.

Como efímeras sombras pasan ora los hombres
por el desierto inmenso que la bestia gobierna,
sin huella de su paso, sin huella de sus nombres,
en tétrico desfile de desventura eterna.

Pero lejos, muy lejos, se levanta, no obstante,
el rumor de la arena, al fundirse la escarcha;
y va creciendo lento, como menos distante:
el futuro que llega, ¡la humanidad que marcha!

JESÚS E. VALENZUELA.

ESPASMO. 1905.



Estudio de Fidencio Nava.

Bajo relieve á Barral y Bixio.
Será colocado en el Cementerio Montparnasse y el Observatorio de París.



Fidencio Nava.

El Libro del Sr. Lic. Macedo.

La Evolución Mercantil. Comunicaciones y Obras Públicas. La Hacienda Pública.—«Tres monografías que dan idea de una parte de la evolución económica de México. J. Ballescá y Cía., Sucesores, Editores. San Felipe de Jesús, número 572. México. 1905.»

Seguimos con el interesante libro del Sr. Lic. Macedo. El capítulo primero de «Comunicaciones y Obras Públicas» se ocupa de *las condiciones geográficas del territorio mexicano y los caminos carreteros en la época colonial y después de la Independencia. Situación actual en esta materia.* Á la Reclus trata el autor, aunque rápidamente, como conviene á la índole de su obra, este punto. Pocas líneas; pero qué llenas de color y de relieve.

«Pudiérase, dice, sin impropiedad, comparar la parte que de la América del Norte ocupamos á una cornucopia (que solemos llamar *cuerno de la abundancia*), que en su parte más ancha mira hacia el Norte, y cuya curvatura está vuelta al Oriente, por donde su punta queda figurada por la península yucateca. Lindando al Norte con los Estados Unidos de América, y al Sur con la república centro-americana de Guatemala y la colonia inglesa de Belice, bañan á México: por el Oriente, el Océano Atlántico, y por el Occidente, el mar Pacífico. La cadena de montañas que en

Sud-América forman los altísimos Andes, que en Centro-América se torna en esencialmente volcánica, y en el istmo de Tehuantepec se deprime por considerable modo, vuelve á elevarse en Oaxaca, donde forma un enorme é intrincado macizo, que luego se bifurca paralelamente á nuestras costas de ambos mares, constituyendo dos poderosas y elevadas *sierras madres*, la oriental y la occidental, entre las cuales se forma la altiplanicie ó mesa central, que, á su vez, está frecuentemente atravesada por sistemas de montañas, algunas veces independientes y aislados; pero con frecuencia unidos á guisa de ramales á las dos principales serranías que corren de Sur á Norte. La mesa ó altiplanicie alcanza su mayor altura en los valles de México y Toluca, y va descendiendo lenta y gradualmente hacia el Norte, por donde puede decirse que queda abierta: no así por los demás rumbos, que por todos ellos la cierran las cadenas montañosas á que ya hemos aludido, formando valles más ó menos extensos; pero de las cuales no puede salirse sino ascendiendo.»

«Además, y con pocas excepciones, que especialmente se observan sobre el Pacífico, las dos grandes serranías de Oriente y Occidente no llegan al mar con sus estribaciones, ni forman ensenadas ó golfos profundos y abrigados, sino que las cos-

tas, en faja algunas veces bastante ancha, son, por lo general, planas y muy poco elevadas sobre el nivel de las aguas. Por último, y obsérvase este fenómeno, más acentuadamente que en otra parte, en la sierra madre occidental, el sistema orográfico que avanza de Sur á Norte no está constituida por una sola, sino por varias cadenas montañosas, que caminan paralelas y dejan entre sí valles estrechos ó profundas cortaduras por donde las aguas se encauzan formando rápidos torrentes.»

«Lo dicho basta para hacerse cargo del cúmulo inmenso de dificultades que, para las comunicaciones marítimas y terrestres, ofrece nuestro territorio, cuya extensión casi llega á 2.000,000 de kilómetros cuadrados.»

«Del lado del Atlántico, que es el que nos pone en contacto con la vieja y civilizada Europa, carecemos de puertos naturales, y allí donde desembocan los ríos que descienden impetuosos de las montañas, se forman *barras* que dificultan mucho, cuando no impiden totalmente la comunicación con el interior, al menos hasta el pie de las cordilleras. Sólo por el Pacífico tenemos algunos fondeaderos profundos y abrigados, como Guaymas, Mazatlán, Manzanillo, Acapulco, y otros de menor importancia; pero ya en Salina Cruz, punto importante por corresponder á la depresión ístmica de Tehuantepec, las costas vuelven á ser abiertas y bajas y, por lo mismo, difícilmente accesibles.»

«Cuanto á ríos navegables, carecemos totalmente de ellos, pues, salvo unos cuantos que del lado del Golfo Mexicano permiten por corto trayecto el tráfico de embarcaciones de poco calado, la fuerte pendiente de las aguas que bajan de las cordilleras y la frecuencia con que los cortan saltos y cataratas importantes, las hacen impropios para la navegación regular en extensiones apreciables.»

«El tráfico terrestre que del centro del territorio se dirige á las costas ó viceversa, ofrece también especiales dificultades: allí donde no hay varias cadenas de montañas, que hacen de cualquier camino una continua serie de subidas y bajadas, como sucede especialmente por el Occidente y el Sur, el desnivel se concentra en muy corto espacio ó distancia horizontal y, por lo mismo, las pendientes resultan formidables. Un ejemplo bastará para aclarar este concepto. Entre la capital de la República y el puerto de Veracruz, tomando el trayecto del Ferrocarril Mexicano, se miden 424 kilómetros de distancia horizontal, y 2,240 metros de desnivel, lo que, si la pendiente fuese uniforme, apenas la elevaría á un poco más de $\frac{1}{2}$ por 100. Pero no sucede así: de México á Esperanza, en una distancia de 245 kilómetros, hay que subir algo más de 200 metros para dominar la cordillera, y de ahí precisa descender una altura de 1,991 metros en el breve espacio de 93 kilómetros que median entre Esperanza y la estación del Atoyac. De allí á Veracruz, los 461 metros restantes de desnivel se dominan en un trayecto longitudinal de 86 kilómetros. Excusado es advertir que estas distancias longitudinales de un ferrocarril ya construido se acortarían muchísimo si las tomásemos en línea recta entre México y Veracruz, que así apenas están separadas por 300 kilómetros.»

«Y lo mismo pasa, sea cual fuere la vía que se elija para bajar de la Mesa Central, pues, por cualquier parte, el descenso á las costas del Atlántico presenta análogos obstáculos, y á los del Pacífico todavía mayores, porque, entre estas últimas y la altiplanicie central, se interponen diversas cadenas de montañas que, como ya hemos dicho, hacen de nuestros caminos una serie no interrumpida de subidas y bajadas, á cuyo final el descenso es siempre rapidísimo y tiene que efectuarse sobre los flancos

de escarpadas serranías que alcanzan considerables alturas.»

«Por lo que hace á las vías que corren de Sur á Norte á través del interior del país, uniendo sus diversos centros poblados, también se ven con frecuencia cortadas por las montañas que se interponen en la Mesa Central; y los perfiles de las líneas Central, Nacional y Mexicano del Sur, lo ponen claramente á la vista, demostrando que sólo se encuentran extensas llanuras abiertas en la parte Norte; es decir, en la más ancha de nuestro territorio, que es la menos poblada, sin duda, por la esterilidad, hasta hoy irremediable, á que la condenan la falta de lluvias y la ingrata naturaleza del suelo.»

Conocida así, después de tan magistral descripción, la naturaleza del territorio mexicano, fácil es comprender las dificultades vencidas para comunicarnos con las costas y los centros importantes del país por medio de los ferrocarriles, ya que los caminos carreteros no fueron objeto especial del gobierno español, atendidos sus súbditos más al uso de acémilas traídas por ellos á Nueva España, ó á los pobres indios transformados desde Hernán Cortés en bestias de carga. El Sr. Macedo cita páginas del barón de Humboldt sobre las comunicaciones con Europa y Asia y sobre las interiores, y agrega alguna del Dr. Mora, en la que asienta este notable escritor, «que el gobierno español, en cerca de tres siglos de dominación, no cuidó de construir un solo camino carretero, ni aun de la capital á los puertos principales.» Después de la Independencia, pues, se hicieron los esfuerzos principales á este respecto, no muy fecundos, por cierto, por la anarquía política que reinaba en la República.

Hasta 1853 se instituyó el Ministerio de Fomento, confiado hasta entonces ese ramo á la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Cita el Sr. Macedo la memoria del Sr. Robles Pezuela, ministro de Fomento del Imperio. Leamos algunos párrafos:«en el período de 1821 á 1852, apenas se advierte que se haya expedido una que otra ley; una que otra providencia relativa á caminos, como anunciando el momento en que el legislador, fijando su mirada en asunto de tanta importancia, iba á remediar los males; mas estas disposiciones eran sólo papel escrito, porque la guerra siempre frustraba las más saludables intenciones.»

«La época de 1858 á principios de 1863 es luctuosa para México: pocos días hay que no estén señalados con un combate ó una desgracia; exacerbadas las pasiones, ensañados más que nunca los odios, se operaba una verdadera revolución política, y se agotaban cuantos recursos, buenos ó malos, se podían hallar é inventar para aniquilarse los partidos beligerantes. ¿Qué extraño es, pues, que no sólo se abandonasen los caminos, sino que de intento se destruyesen como medida de defensa y para perjudicar á los contrarios? Los operarios, convertidos en zapadores, empleaban sus instrumentos en cortar las carreteras, derribar los puentes y, en suma, en obstruir las comunicaciones. ¿Qué quedaría de ellas?» Esta memoria del Ministerio de Fomento de 1865, pudiera aplicarse no solamente hasta 1867, sino hasta 1876; pues, si bien es cierto que á raíz del triunfo de la República sobre el Imperio de Maximiliano el país reposó, como quien toma aliento, los gobiernos sucesivos de Juárez y de Lerdo no supieron ó no quisieron unificar el país y pacificarlo, abriendo paso al capital y á las actividades extranjeras, encastillados en un lamentable aislamiento diplomático y un infantil horror á las comunicaciones rápidas hacia los Estados Unidos. Juárez es menos culpable en esto, sin duda, que Ler-

do; puesto que al primero, tiempo le faltó para restañar las heridas de la patria; pero los dos sufrieron una irreparable equivocación. La revolución se inició de nuevo, y si el ferrocarril de Veracruz fué inaugurado por el Presidente Lerdo, no significó nada en la pacificación de la República, y la verdadera regeneración de la patria comenzó con el triunfo del Gral. Díaz. Juárez, Lerdo, como gobierno republicano; Escobedo, Díaz, y tantos otros, como soldados de ese gobierno, habían hecho la segunda Independencia. Díaz y sus colaboradores han hecho posteriormente la paz y el progreso de México. Veamos qué dice el Sr. Macedo sobre el desarrollo ferrocarrilero nacional de 1876 á la fecha. De ello se ocupa en el capítulo II de esta monografía.

Después de hacer rápida descripción de nuestras viejas diligencias desde 1849 ó 1850, bajo la dirección de D. Manuel Escandón y D. Anselmo Zurutuza, habla de las líneas llamadas *aceleradas*, porque no llegaron á emplear sino *ocho ó diez días para recorrer la distancia de Veracruz á México, cobrando de ocho á doce centavos por kilogramo*. El Sr. Macedo llama exiguos y pobres medios de transporte á nuestras comunicaciones de entonces, con mucha razón. Desde el 31 de Mayo de 1842 habíase contratado la construcción de un ferrocarril de Veracruz al río de San Juan, pues la vía herrada concedida, en la forma de privilegio exclusivo, á Don Francisco de Arrillaga, habíase quedado simplemente escrita por la falta de capital y nuestras perturbaciones revolucionarias. Más de ocho años tardaron en abrirse al tráfico, entre Veracruz y El Molino, los trece primeros kilómetros de la vía férrea que con el tiempo había de constituir una sección del Ferrocarril Mexicano de Veracruz, la cual tuvo lugar el 16 de Septiembre de 1850.

«Curiosa en alto grado, agrega el Sr. Macedo, y al mismo tiempo profundamente instructiva es la historia detallada de esta primera concesión para una línea férrea; concesión que se hizo extensiva después hasta México, que pasó sucesivamente por muchas manos, que tantos sacrificios nos ha costado y que, al fin y al cabo, dió ser y vida, á través de incidentes y peripecias sin cuento, á la primera de las líneas que constituyen hoy nuestro sistema ferroviario. Lástima es, por consiguiente, que no podamos consignar aquí esa historia que habría de ser forzosamente extensa, como que sus principales capítulos están consignados en más de veinticinco privilegios, leyes y contratos; y habremos de hacer constar solamente que los mexicanos D. Manuel y D. Antonio Escandón fueron los obreros más constantes y asiduos de esta empresa, realizada con capitales ingleses; que para el trazo del ferrocarril se eligió, en parte, el del antiguo camino por Orizaba, superando dificultades enormes de construcción, que hoy maravillan y asombran al viajero y al experto en estas materias; que el Gobierno del exótico imperio de Maximiliano impulsó en cuanto pudo y mucho favoreció al adelanto y realización de la magna empresa, y que después la República, bajo las administraciones de los Presidentes D. Benito Juárez y D. Sebastián Lerdo de Tejada, no omitió sacrificios ni escatimó el auxilio que, en medio de las tristes condiciones de nuestra pobrísima y desorganizada hacienda pública, era dable allegar para que la Nación se viese dotada de esta importantísima línea férrea; afrontando esos meritisimos ciudadanos en 1868, y principalmente en 1873, hasta los riesgos de una inmerecida impopularidad, provocada por las apasionadas discusiones que este asunto suscitó en el Congreso, con tal de que se construyera y hallare

entre nosotros condiciones de vida económicamente próspera al primer ferrocarril que había de ponernos en condiciones de progresar. No lo vió el Sr. Juárez construido en toda su extensión, pero sí hasta Puebla, cuyo ramal se inauguró en 16 de Septiembre de 1869. Al Sr. Lerdo de Tejada cupo en suerte bajar por primera vez, en alas de la locomotora, de la Mesa Central mexicana á las costas del Atlántico; y tan fausto acontecimiento, celebrado jubilosamente por la República entera, tuvo lugar el 1.º de Enero de 1873.»

Regocijame transcribir párrafos del Sr. Macedo; no extrañen, pues, los amables lectores de *Revista Moderna*, sea poco avaro al verter el tesoro de ellos. Es tan noble y tan alto para relatar y juzgar acontecimientos, que quizás al trazar estas líneas siento casi remordimientos al haber asentado antes una opinión mía sobre los Sres. Juárez y Lerdo, después de 1867, que rectificaría en este momento, si no siguiera clara y firme en mi conciencia. Con efecto: El Sr. Macedo dice que *en los años posteriores* de la administración del Sr. Lerdo, *fué cuando puede decirse propiamente que se planteó entre nosotros la cuestión de ferrocarriles*. Es verdad; ¿pero qué solución tuvo? Una discusión bizantina en las Cámaras y en la prensa sobre las vías ancha y angosta, y si debíamos ó no aproximarnos por medio de líneas férreas al eterno *coco*: los Estados Unidos. He dicho en párrafos anteriores que Juárez y Lerdo creyeron erróneamente fundamentar nuestra nacionalidad en dos aislamientos: el diplomático con Europa y el de comunicaciones con el poderoso vecino del Norte. Juárez fué menos culpable que Lerdo, sin duda, en esa triste política china, pues aún flotaba en el ambiente el acre olor de la sangre del cerro de las Campanas; pero Lerdo, que inauguró su periodo presidencial bajo los más hermosos auspicios,

¿cómo no vió el camino? El país no ansiaba sino trabajo; la revolución no era otra cosa que la resultante de la miseria y de la putrefacción del país sin actividades económicas. El mismo Sr. Macedo consigna, dudando de comprobar su exactitud, pero la consigna en su libro, una frase achacada al Sr. Lerdo: «Entre la fuerza y la debilidad, conservemos el desierto.» No lo habrá dicho Lerdo, pero, en cambio, lo hizo.

Es cierto que al triunfo de la revolución de Tuxtepec las cintas de acero de los ferrocarriles americanos casi besaban el Bravo; y no podemos saber qué, en tal coyuntura, hubiera hecho el Sr. Lerdo; pero sí sabemos, y conocemos bien los resultados obtenidos, lo que supo hacer la política del Gral. Díaz. Y en estos casos hay que hablar de los hechos como son, no de lo que pudieran haber sido si hubiera pasado otra cosa (me acuerdo del Sr. Bulnes). La verdad de los hechos es sólo que la política ferrocarrilera del presidente actual ha sabido resolver el problema de la paz y del progreso entre nosotros.

Cuando el Sr. Gral. Díaz entregó la presidencia de la República al Sr. Gral. González en 1880, el problema ferrocarrilero estaba resuelto. Este había tenido también la forma de si se unían antes nuestros mares por las vías férreas, que la capital del país con la frontera del Norte. Por la una parte, unir el Golfo de México con el Pacífico no traía más ventajas que acercarnos á Europa y al Asia, fuera del aprovechamiento interior exiguo para el caso. El ferrocarril de Veracruz ya nos acercaba á Europa, aislada diplomáticamente de México. Por la otra, el ferrocarril hacia el Norte no sólo nos aproximaba por los Estados Unidos á Europa, sino que en el interior unía á México con Querétaro, León (por consiguiente á Guanajuato), Lagos, Aguascalientes, Zacatecas,

la región algodonera de la Laguna, Chihuahua y Paso del Norte ó Ciudad Juárez. No cabía vacilar. El gobierno del Gral. Díaz no vaciló é hizo bien. El obstáculo que encontraba el Sr. Lerdo; el desierto entre el débil y el fuerte, había sido suprimido; ¿y bien? ¿qué ha sucedido? La mayor confraternidad reina entre los Estados Unidos y México. Si persiste la defensa del Sr. Lerdo, ya la frontera del Norte de México sería americana. Los Estados Unidos han dado una gran muestra de su política *absorbente* en Cuba. La Independencia de la Isla es un hecho, y todos dudábamos de eso. Los Estados Unidos se diferencian de los romanos en que si son menos gloriosos, son más prácticos. Que vengan los trigos de Egipto, aunque no sea provincia romana. La expansión comercial es la que les importa, y México, fronterero á ellos, jamás tendrá por qué temer de su antonomía, si de nuevo la revolución no viene á empobrecerlo y desprestigiarlo á los ojos del mundo.

El año de 1882 se inauguraba el ferrocarril Central. Ya era Secretario de Fomento del Sr. Gral. González el Sr. Gral. Pacheco, de quien muy bien dice el Sr. Macedo: «Apóstol fervoroso y valiente ejecutor de esta manera de proceder fué el Sr. Gral. D. Carlos Pacheco, ministro de Fomento, tanto del Gral. González como del Gral. Díaz; y aunque ella (la política ferrocarrilera) no dejó de ocasionar algunas veces dificultades hacendarias de consideración, como en su lugar veremos, la verdad es que aun los espíritus más meticulosos tienen que sentirse inclinados no sólo á absolver, sino á aplaudir á estos gobernantes, que tuvieron ciega y absoluta confianza en que el crecimiento del país recibiría, con la construcción de ferrocarriles, un impulso de tal suerte considerable, que bastaría para que el tesoro público, cuyos recursos son el obligado

reflejo de las fuerzas económicas del país, pudiera soportar las pesadas cargas y los grandes compromisos que sobre él se echaban.» El Sr. Gral. Pacheco, bajo las órdenes del Sr. Gral. Díaz, había perdido en Puebla el 2 de Abril de 1867, un brazo y una pierna; con toda su gloria militar y civil, debe sentirse satisfecho en su gloriosa tumba con estas palabras justicieras del Sr. Lic. Macedo.

En 1891 se estableció la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, departamento que comenzó á ser menos liberal en las concesiones ferrocarrileras; pero *la formación de un verdadero plan de administración pública en esta materia no tuvo lugar sino en Septiembre de 1898*, en que el señor Presidente de la República y su Consejo de Ministros aprobaron las conclusiones de una exposición que sobre ferrocarriles y obras en los puertos presentó el Sr. Limantour, y que hasta hace poco tiempo se publicó en la Memoria de la Secretaría de Hacienda, correspondiente al año fiscal de 1898 á 1899.*

En resumen, la Nación cuenta hoy con una red ferrocarrilera de primera importancia, en la que ha empleado más de \$140.000,000. Las comunicaciones marítimas se han ensanchado, si no tan notablemente como las terrestres, de una manera muy apreciable, gastando el Gobierno fuertes sumas en el mejoramiento ó creación, mejor dicho, de puertos en ambos mares y la superficie de mar iluminado, en millas marítimas, ha ascendido: de 2,795 en 1891 á 12,371 en 1901. Respecto á Correos y Telégrafos, baste decir que los gastos de los primeros han llegado,

* El Sr. Limantour, posteriormente ha iniciado que el Gobierno adquiriera acciones de Compañías ferrocarrileras, y así ejerza saludable influencia en el manejo de las vías férreas. Véase á este respecto el artículo: *Política ferrocarrilera*, publicado por el Sr. Lic Casasús, en el número 1, año 1.º de este Magazine.

en 1901-1902, á \$ 2.894,962 87, y los de las segundas, en el mismo año fiscal, á más de \$ 1.400,000, á causa de haberse tendido por cuenta del Gobierno un cable submarino de Veracruz á Yucatán.

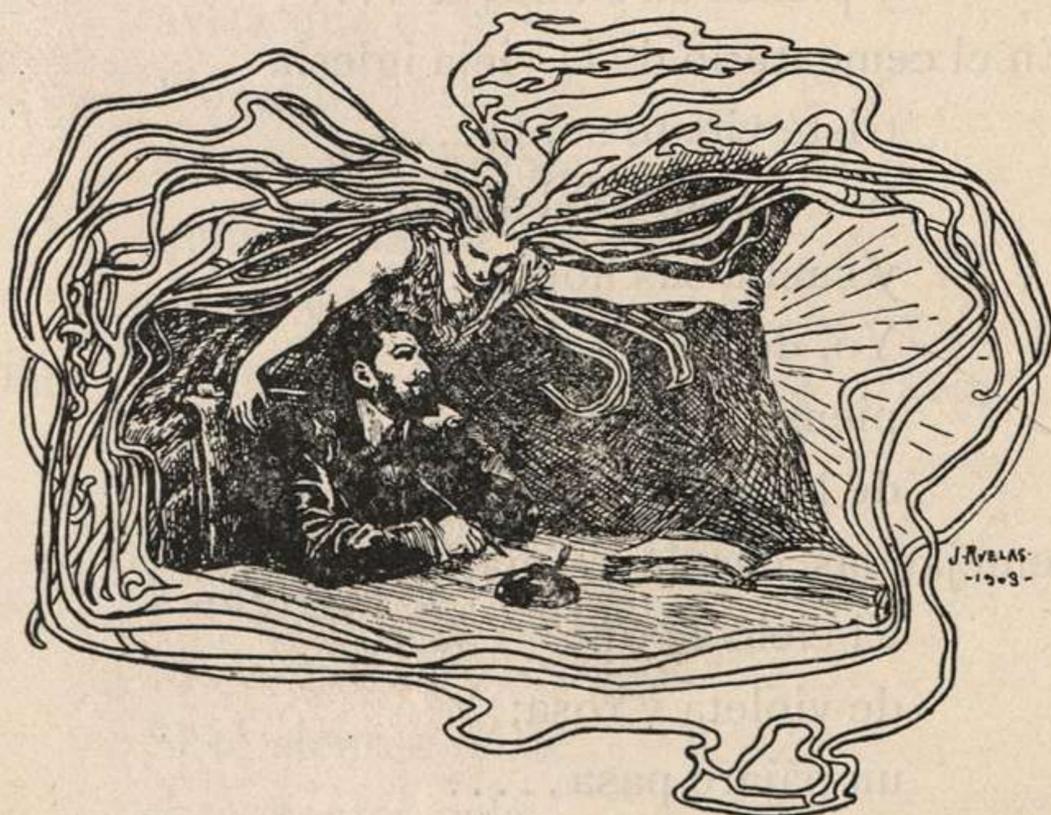
Si á todo esto agregamos las colosales obras realizadas del desagüe del Valle de México y el saneamiento de la capital, la construcción de varios grandes edificios para oficinas públicas ó adaptación de otras á su objeto, vendremos á ver cómo el Gobierno, sin dejar de atender ninguno de los servicios públicos, ha gastado grandes capitales en obras necesarias, sí costosas, en todo país culto. Los Estados, por su parte, han seguido tan brillante ejemplo, y la transformación nacional se ha realizado armónicamente en toda la República.

Es tiempo de concluir. En «*La Hacienda Pública*» estudia el señor Macedo la *época prehispánica*, el *período virreynal*, *nuestra anarquía política*, la *hacien-*

da pública contemporánea (1867-1903); dividiendo su estudio en dos secciones: Primera. Apuntes para la Historia.—Segunda. Organización hacendaria de la República. Estado de la Hacienda pública en los comienzos del siglo XX; y, por fin, termina el libro con el *Apéndice*, en el que, entre otros importantísimos puntos, trata de la reforma monetaria para terminar con la cuenta de la iniciativa de presupuestos de 1905-1906, teniendo por total la suma de \$ 85.474,315 58.

Con motivo de la iniciativa del Sr. Lic. Limantour sobre la reforma monetaria, el Sr. Lic. Macedo pronunció un discurso, como Presidente de las Comisiones de Hacienda que dictaminaron sobre ella, el cual nos permitimos publicar en nuestro periódico, por creerlo de sumo interés, tanto más cuando se está llevando á la práctica con toda actividad, pero con toda prudencia, la ley relativa al cambio de la moneda en México.

J. E. V.



VE A MAITINES.....

A mi prima Juana Palma de Zamora.

(Inéditos para la «Revista Moderna.»)

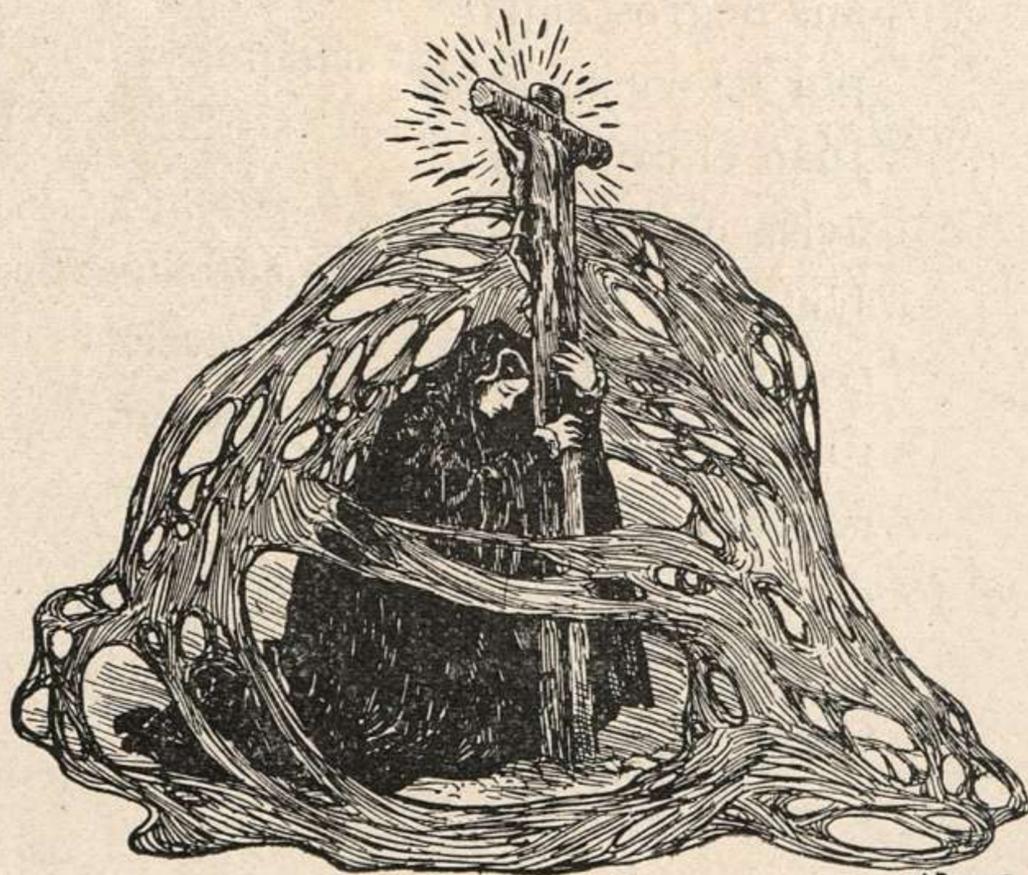
Por las largas calles
del pueblo de «Moras»
cercadas de olivos,
naranjos y rosas;
niñas encintadas
y viejas de cofia,
van á los maitines
que hay en la Parroquia.
Juan el campanero
la campana toca
mientras ve á lo lejos la luz que se extingue
y piensa en su novia

En el cementerio de la vieja iglesia
triste viento sopla.....
Se estremece el álamo
y suelta sus hojas.....
Yo, desde mi puerta,
pienso que las cofias
de las viejecillas
semejan las alas de las mariposas.....
El cielo se tiñe
de violeta y rosa;
un pájaro pasa.....
... no tardan las sombras.....

Me recojo y pienso
y me digo triste: «¡qué lentas las horas!...»
.....La campana llama,
la campana toca.....
parece decirme
que si estoy tan sola,
entre por mi manto y vaya á los maitines
que hay en la Parroquia.....
La obedezco, y salgo,
y en el cementerio, mientras suena la hora,
me siento en un poyo
y miro cuál llegan en alegre ronda
de las viejecillas
las nevadas cofias.....
En el cementerio
misterioso y triste, ¡cuánta mariposa!
...Ya al muro se arrima
la primera sombra.....
bajó de la torre,
y ahora desenrosca
sus negros anillos
por las viejas losas.....
Juan el campanero
avisa que es hora.....
Un grillo responde
con su aguda nota.....
gime el viento y pasa.....
rueda y huye una hoja.....
Del fondo del templo, sentenciosa y grave,
sale una salmodia.....
Cubro mi cabeza,
y entro en la Parroquia.
.....
Si te sientes triste,
si te sientes sola,

si desde tu puerta miras á lo lejos
la luz que se apaga, y piensas que las horas
son largas y lentas, entra por tu manto,
cierra la casona,
y sigue en la calle
á las viejecillas de las blancas cofias
Juan el campanero
la campana toca
Vete á los maitines
que hay en la Parroquia.

MARÍA ENRIQUETA.



J. RIVELAS
-1903-

LA VERDAD Y LA LITERATURA*

No está demás, que de tiempo en tiempo abandonemos las generalidades de la propaganda y la doctrina, para discutir con los que rebaten nuestras afirmaciones. La esgrima ayuda á mantener el vigor y la flexibilidad de los músculos. Además, conviene que en nuestro tiempo, en que de un modo ú otro, todos contribuimos á forjar el porvenir, se afane cada cual por delimitar su responsabilidad y sus principios. Las objeciones, que sólo irritan á los débiles, tienen á veces la virtud de precisar nuestro propio pensamiento, y de facilitar retoques, ó confirmar certidumbres que, sin ellas, se perderían en la media sombra de los monólogos cerebrales.

Siempre he creído que un libro, después de publicado, pertenece á todos, menos al autor que, sujeto al engranaje de su actividad intelectual, corre hacia nuevas realizaciones. Sólo se releen los impotentes, como sólo se contemplan en el espejo los que desconfían de sí mismos. Sin embargo, el que escribe, tiene el deber de asumir la responsabilidad de sus ideas, y de defender su manera de juzgar, no por mezquino orgullo de padre susceptible, sino porque al enunciar una verdad, contrae con ella, en cierto modo, el compromiso de defenderla en toda circunstancia.

De ahí que tome otra vez la pluma para explicar, ante críticas que juzgo inmotivadas, el espíritu y la letra de esas discu-

tidas *Visiones de España*, que me han valido tantos reproches y tantas amistades nuevas. Que los lectores perdonen si vuelvo á insistir sobre el asunto. A ello me obliga el deseo de preservar definitivamente la verdad.

*
* *

Lo que los amigos de la *Revista Moderna* de México censuran en esas notas de viaje, no es precisamente su matiz político. Valenzuela, Nervo, Urueta y Tablada, son escritores de alma abierta, que conciben el progreso y lo saludan. En el fondo, simpatizan quizá con lo que nosotros avanzamos. Pero, como entienden que el arte es un refinamiento y un *a coté* de la vida, lamentan que el autor no se haya mantenido siempre en plena zona de literatura. Las disertaciones sociales, y los argumentos de partidario disuenan, según ellos, en una obra que debió ser paisaje, color, ideal, sin preocupaciones de política.

La deferencia y el ingenio con que la *Revista Moderna* sostiene su tesis, suscitan mi gratitud, pero no modifican mi opinión. En mi entender, el artista es ante todo un ser humano. Su vista abarca todo el panorama de la existencia, sus sensaciones son múltiples, y no es juicioso exigir-

* Próximamente publicará «Revista Moderna» una Bibliografía del Sr. Tablada, sobre los últimos libros de nuestro amigo Ugarte; debiendo advertir, desde luego, que las opiniones del Sr. Tablada son propias suyas, y ni Urueta, ni Valenzuela, ni Nervo, han externado, hasta hoy, opinión ninguna sobre los referidos libros del Sr. Ugarte.

le que se aisle de las luchas sociales, y de las corrientes de ideas que hacen crugir el siglo.

En épocas serenas y acariciadoras, cuando, por tiranía aceptada, ó por sometimiento ingenuo, la vida colectiva no era más que un trasunto de la vida familiar, pudieron existir esos creadores abstraídos, que lo ignoraban todo, excepto su divina misión de destilar el cielo en frases. Pero la existencia borbollante y atormentada que hoy llevamos, no da lugar á tan altas prescindedencias. Y el artista, como los demás hombres, se siente arrebatado y mordido por la formidable ebullición que todo lo sacude y lo transforma.

Reflejar los sentimientos de su generación, describir la lucha de los espíritus en estas épocas desmelenadas y febriles, sin mostrar sus preferencias, y sin tomar posición, es tarea casi irrealizable. Al contacto de los entusiasmos, tiene que incendiarse también el alma vibrátil del escritor. Los odios, los deseos, los ideales de la multitud, se le entran á pesar suyo por los poros del alma; la injusticia le arranca una imprecación; la desgracia una frase de solidaridad; y, envueltos en una tromba generosa, atraídos por la luz, se tornan, la pluma, en ariete, y el poeta en apóstol.

Algunos dicen que rebajamos nuestro ideal hasta ponerlo al nivel del mundo; pero la verdad es, que nosotros soñamos con elevar el mundo hasta la altura de nuestro ideal. No disminuimos el arte, lo desdoblamos; le damos una actuación histórica; le multiplicamos un público; lo hacemos director de vida; y, en contraposición á los tiempos de los reyes poetas, preparamos quizá el siglo del poeta rey.

Pero como sabemos que el principal encanto de la naturaleza está en la diversidad, no avanzamos esta concepción con el fin de excluir las otras. Nada es más enojoso que el empeño de los que se obstinan

en vestir á los demás según sus propias preferencias. Lejos de desdeñar á los escritores fieles á la tradición del arte por el arte, aplaudimos sus realizaciones, y reconocemos que, sin la preocupación social, que no es á nuestros ojos un fin, sino un complemento, se pueden hacer obras encantadoras y durables. Bastaría citar los versos llenos de sinceridad de Valenzuela, las poesías intensamente delicadas de Neruo, los poemas brillantes de Tablada y los briosos discursos del diputado Urueta, aunque en el jardín de este último, asome á veces la eglantina socialista que llevamos juntos en París.

Si digo que de los cuatro artículos que el Sr. Llorente ha publicado en *El Diario* de la tarde, no quiero retener más que las pocas ideas que asoman en ellos á pesar del autor, no es para dar forma á una ironía innecesaria, sino porque, en realidad, el sistema balbuenesco de la crítica de chascarrillos, me inspira un desdén profundo, y me parece tan ineficaz para la discusión, como para el ataque. Quede, pues, de lado, todo lo que esa prosa puede tener de descomedido. No son las personalidades, sino los pensamientos, los que interesan al público. Velar por sí, es casi desertar la lucha. Sin contar con que resultaría infantil detenerse á rebatir las imaginaciones de todos los agriados que nos salen al camino. En las marchas alegres de la sana juventud, no debemos advertir más que las rosas.

El patriotismo ha sido siempre la mejor careta de las ideas reaccionarias, pero toda habilidad de que se abusa, pierde su virtud; y el autor de los artículos á que aludo, no conseguirá hacer creer á ningún español, que soy un enemigo de su nacio-

nalidad. Justificarse, equivaldría á dar alas al despropósito, que ha sido muy poco hábil formular. . . . Lamentarse de que los obispos conserven todavía un derecho de inspección sobre la enseñanza oficial, ó decir que sólo los republicanos pueden determinar un resurgimiento, será, si queréis, dudar de la monarquía, desconfiar de los partidos conservadores, romper con la tradición, nunca insultar á España. Bien sabemos todos que ella no reside en el trono de rey, ni en la mitra de los obispos, ni en la espada de los generales, que es otra cosa más vasta, más noble, más universal que no fué vencida por los Estados Unidos, puesto que lo único derrotado fueron los vicios de la administración, y el régimen culpable que persiste. En más de una circunstancia hemos declarado que el atraso del país no es obra de los españoles, sino de los empresarios de muerte que, sin gobernarlo, entorpecen su actividad; y así lo hemos repetido al terminar la obra cuyos últimos capítulos están llenos de esperanza y de fe en el porvenir.

Que el Sr. Llorente se haya obstinado en ignorar esas páginas para multiplicar con más deslealtad las citas trucas, no es cosa que puede sorprendernos. A una mentalidad reaccionaria, corresponden los procedimientos de polémica más singulares. Pero, escamotear la verdad, no es destruirla.

No han de resultar tan erróneas mis apreciaciones, cuando ellas han sido, así como mi reciente artículo de la *Revue des Revues*, reproducidas y comentadas largamente por *L'Independence Belge* de Bruselas, *La Revue Universelle*, y la *Revue Bleue*, donde M. Desdévise du Dezert, calificaba hace dos semanas de «saisissant» mi síntesis de la vida española. Y no han de ser tampoco tan sangrientos esos pretendidos insultos á España, cuando un gran librero español los ha editado por su

cuenta, y cuando se han publicado sobre ellos, en diarios de Barcelona y de Madrid, una veintena de artículos elogiosos. Quizá es por eso que las impetuosas reprobaciones que el discípulo del Sr. Taboada formula en mi ausencia contra todo lo que yo no he dicho, han venido capitaneadas por tan abundante floración de «venga usted aquí,» y «oiga usted hombre.» La audacia puede ayudar á disimular la sin razón.

Todo ello invita á sonreír, porque recuerda el procedimiento del ilustre teólogo de provincia, que confeccionaba un muñeco de trapo, lo bautizaba Voltaire, lo ponía sobre un taburete, y comenzaba:— «Ahora nos vamos á explicar, innoble enemigo del Evangelio. ¿Tu has dicho que debemos vivir como animales, que nada es más hermoso que la inmoralidad, y que conviene cortar las orejas á todos los niños? Pues yo contesto que tú eres un emisario de Satanás, empeñado en arrastrarnos á sus calderas. Y si no es así, atrévete á desmentirme.» Claro está que, como no había dicho ninguna de esas enormidades, y además, era de trapo, el Voltaire en cuestión, se encerraba en un mutismo impenetrable. Entonces nuestro héroe se afirmaba en su victoria:— «¿No ves, condenado, como no puedes discutir con los representantes de la fe?» Y le volvía la espalda convencido de haber salvado á la humanidad católica.

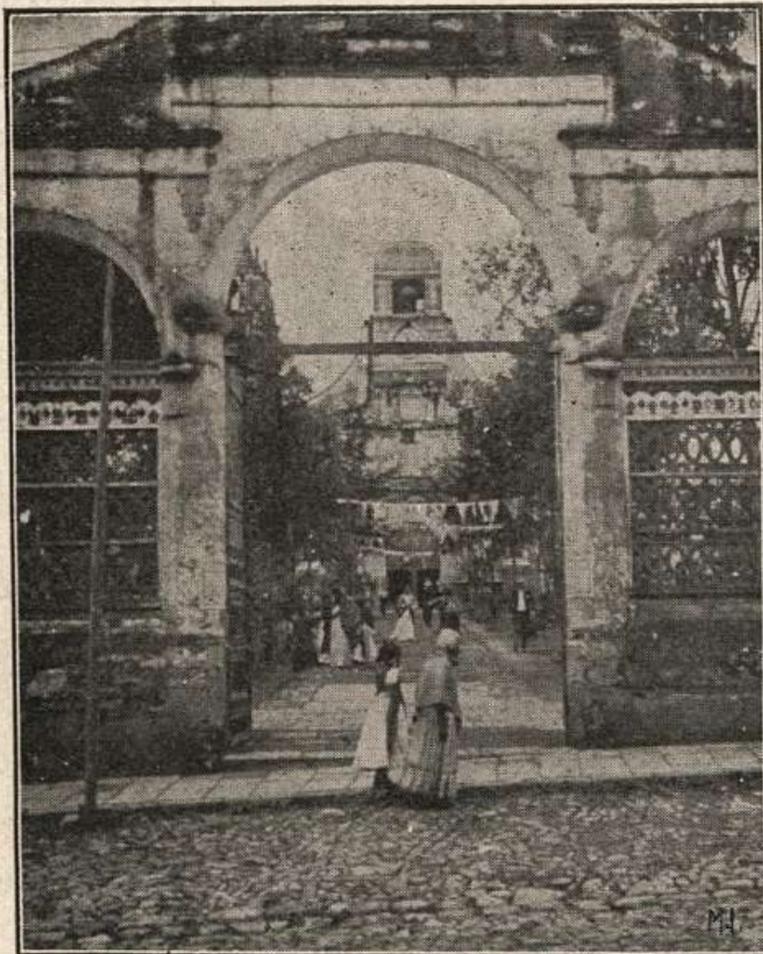
El Sr. Llorente ha creído quizá también salvar á España, pero apenas ha conseguido defender á los parásitos que la roen. Lamentamos el percance, porque, lejos de guardarle rencor por su difuso mosaico de clisés y de chistes de almoneda, nuestro deseo hubiera sido distribuir esas páginas á los amigos, y hasta hacerlas imprimir en folleto con un prólogo del general Weyler. Lo que nos disuade es el nuevo argumento que ellas ofrecerían contra la España vieja. Porque hay cosas que

duele tener que repetir. Esa falta de amplitud en las opiniones, ese deseo de reducirlo todo á una conversación de casa de huéspedes, esa trivialidad, esa chabacanería, son signos de un estado social inferior y de un régimen sofocante, que impide la libre floración de los cerebros. Quien así piensa y escribe, es una viviente acusación

contra el país en que ha nacido. No lo decimos con acritud, ni lo constatamos con pena. Porque felizmente hay dos Españas; y el crítico que nos ocupa, no representa á la nación regenerada y triunfante que ya asoma, y que dominará en el porvenir.

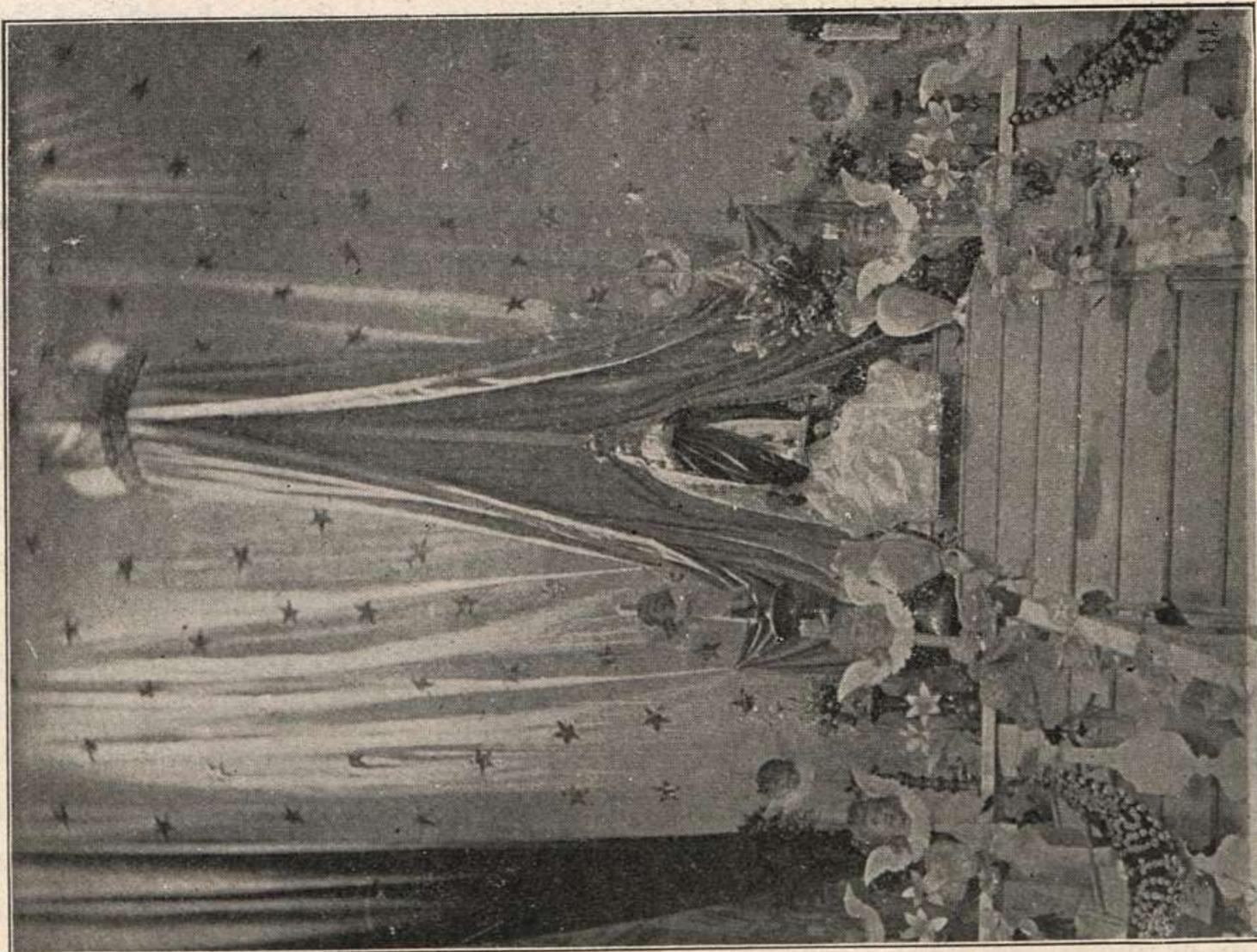
MANUEL UGARTE.

París, Junio 10 de 1905.

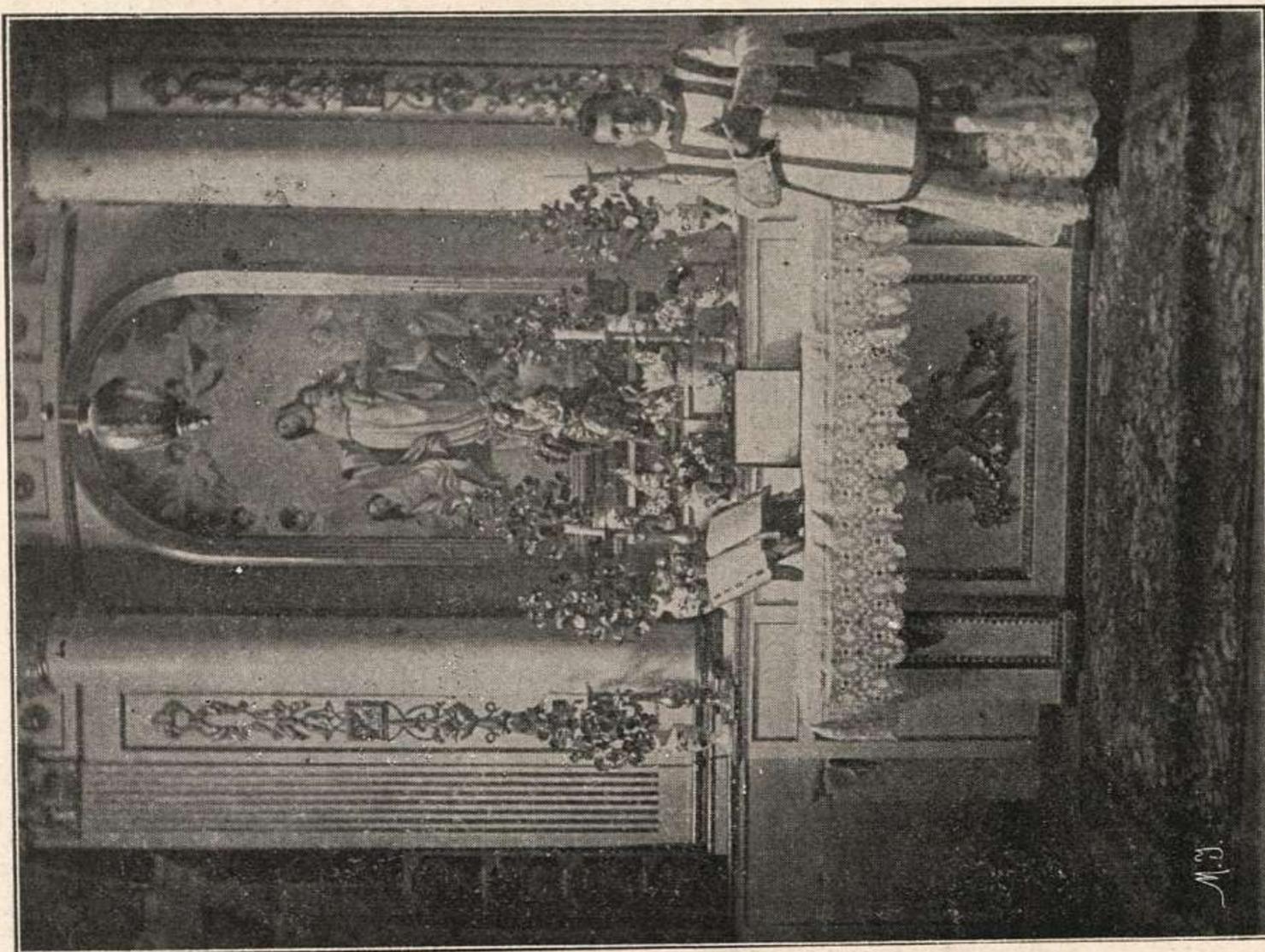


Parroquia de Tlalpan. Entrada al atrio.—Fot. de M. Legorreta.

PARROQUIA DE TLALPÁN



Altar Mayor.—Fot. de M. Legorreta.



Capilla de Nuestra Señora de la Luz.—Fot. de M. Legorreta.

AL MARGEN DE LA ODISEA

LA CONFESION DE EUMEO

Tres días después de que el divino Ulises hubo matado á los pretendientes y vuelto á tomar posesión de su palacio, el porquero Eumeo cayó gravemente enfermo. Languidecía sin poder comer ni dormir.

Entonces rogó á su compañero el pastor Filecios, que buscara á Ulises y le dijera: «Amo, tu servidor Eumeo se está muriendo y quiere verte.»

Ulises se dirigió en seguida á su casa de los campos. Encontró á Eumeo extendido bajo tibios abrigos y sobre muelles pieles, pues nada le faltaba, pero agitado por una fiebre que lo volteaba en su lecho «como se voltea sobre la brasa para dorarlo el cuerpo de una víctima, relleno de sangre y de grasa.»

Eumeo dijo á Ulises:

«Gracias, amo, por haber venido. Tengo algo que decirte. Tu padre Laerte me compró cuando yo era niño, y tu madre Anticlea me educó con bondad y me trató tan bien, casi como á su hija más joven, la bella Climena. Crees que sea yo enteramente adicto á toda tu familia?

—Lo creo, dijo Ulises.

—Escucha, pues, prosiguió Eumeo. Cerca de un mes antes de tu llegada, como llevara á palacio un lechoncillo para la comida de Penélope y de sus doncellas, encontré en la puerta del patio á un extran-

jero, un fenicio, recién desembarcado que traía consigo un bulto de mercancías. Á su ruego lo introduje cerca de Penélope. Extendió ante ella joyas y bordados. Pero tu venerable esposa no se las compró, aunque él fué pródigo en palabras artificiosas, pues no le preocupaba adornarse en tu ausencia. Entonces el fenicio le propuso hierbas y polvos contra las enfermedades; era también experto en medicina. Con benevolencia, Penélope le tomó algunas cajas y también piedras azules para conjurar los maleficios. Le ofreció de comer y le permitió, si lo quería, que se acostara en la casa de campo, conmigo, cerca del chiquero.

El fenicio se llamaba Amilcar. Era pequeño y esbelto, con ojos de mujer, maneras acariciadoras y dulce voz. Había visto muchas ciudades y pueblos y contaba alegremente sus aventuras, aunque no era difícil adivinar que no todas eran ciertas.

Al día siguiente en la mañana, salió temprano. Yo me quedé para cuidar mis cerdos; pero al mediodía fui al palacio para llevar un cesto de higos. Encontré á Amilcar en la gran sala, sentado cerca de la mesa de los pretendientes. Los divertía cantando, no las hazañas de los héroes, sino cancioncitas de amor, al oír las cuales, el buen aeda Femios parecía indignado. La

venerable Penélope había bajado de su recámara hasta el descanso que domina la sala y apoyada sobre la balaustrada, oía las canciones de amor, y acordándose sin duda de ti, lloraba al escucharlas; pero sin embargo, pedía que cantaran más. Y el fenicio, mientras cantaba, veía á Penélope con una insolencia de que tu casta esposa no se daba cuenta, y un dios puso en mí la idea de que el extranjero deseaba á la mujer de mi amo.

—Pero, dijo Ulises, acaso los pretendientes no la deseaban también?

—La deseaban quizás, replicó Eumeo, pero deseaban, sobre todo, sus grandes bienes. Además, se cuidaban unos á otros; y además, tomaban su placer con las mozas de la servidumbre.

La siguiente noche un dios me despertó sobresaltado, y ví al fenicio, que reposaba no lejos de mí, dejar su lecho con precaución. Lo seguí sin ser visto por él y ví que se dirigía al palacio, que tomaba una escala oculta tras de los matorrales y la aplicaba contra el muro del patio.

—Pero, dijo Ulises, una vez en el patio hubiera encontrado puertas que no habría podido abrir.

—Quién sabe, respondió Eumeo, ese hombre era fecundo en artificios y poseía peligrosos secretos. Quizá estaba de acuerdo con alguna de las sirvientas.

—Y hasta imagino que se dirigía en pos de alguna de ellas.

—Es posible; pero no lo creo, dijo Eumeo. No lo creo por la manera con que había mirado á tu venerable esposa. Además, no tenía yo los medios de asegurarme de sus intenciones. Tan luego, pues, como comenzó á subir la escala, corrí hacia él, lo tiré por las piernas y lo precipité al suelo. Luego, como quedase aturdido por la caída, lo estrangulé cómodamente. Movi6 los pies; pero no mucho tiempo . . . He obrado bien, amo mío?

—Seguramente, dijo Ulises.

—Cargué el cuerpo sobre mis espaldas, continuó Eumeo, y lo llevé hasta el establo de los puercos. Lo enterré cuidadosamente y hasta hice una pequeña libación á los dioses de abajo; para que reposara en paz. Al día siguiente anuncié á Penélope que el fenicio se había vuelto á embarcar, á la madrugada, aprovechando una ocasión propicia.

—Y qué efecto le hizo esa partida?

—No dijo nada, sino: «le deseo un buen viaje, pues es ingenioso y de agradable trato.»

—Y después?

—Volví á acostarme y dormí muy bien. Pero á la noche siguiente no pude cerrar los ojos; ó bien cuando me empezaba á dormir, soñaba que luchaba con la sombra de Amilcar, y que esta sombra, de horrible aspecto, me derribaba y destrozaba todos mis miembros.

A la mañana siguiente, al entrar al establo, ví que los puercos habían desenterrado á medias el cuerpo de Amilcar y comenzaban á devorarlo. Y comprendí que por eso era por lo que su alma me atormentaba. Entonces transporté sus restos al jardín (y no fué aquel un trabajo agradable); los enterré y los cubrí con un túmulo de césped, invoqué á los dioses de la tierra é hice libaciones de leche y vino. Todo fué inútil. Mis noches continuaron siendo malas. Sin duda cuando tú volviste, mi querido amo, olvidé mi mal durante algunos días, sea por la alegría de verte, sea que los dioses hayan querido darme la fuerza de ayudarte contra los pretendientes. Pero ahora vuelven mis sufrimientos de nuevo, me consumo y sufro mil muertes en mi cabeza y en mi cuerpo todo. El alma del fenicio no quiere apaciguarse, desde que su cuerpo no está intacto, y no está en mi poder restituirle lo que falta . . . : He querido hablarte antes de morir, á fin de que sepas

el origen de mi mal y busques un remedio, si es que aún puedo tenerlo. Tú no puedes estar irritado contra mí, amo mío, puesto que es queriendo servirte como he atraído la desgracia sobre mí.

—Está bien, dijo Ulises, espérame.

*
* *

El héroe se fué á meditar á la orilla del mar. Se preguntaba si Penélope había sido herida por los discursos y las miradas del fenicio. «Eumeo asegura que no; pero es preciso, sin embargo, que haya creído á mi mujer en gran peligro para haber corrido tan rudamente á su socorro . . . Qué podía ella temer, no obstante, estando rodeada de su nodriza y de sus cincuenta mujeres? . . . Eumeo ha temido en mi venerable esposa algún momento de flaqueza? . . . Esta mañana, mientras que la peinaban, Penélope canturreaba una extraña cancioncilla. Era alguna de las que le cantaba el fenicio? . . . Pero el mismo Eumeo ha obrado sólo por fidelidad, ó algún otro sentimiento lo ha impulsado á proteger con tanto vigor á la mujer de su amo? Eumeo es más joven que yo y no tiene aire servil; aunque sea esclavo es hijo de rey, pues tales son los juegos del destino . . . Sería que . . . No sospecho en todo esto acción culpable; pero algunas veces en el fondo del corazón de los mortales, hay sentimientos ignorados por ellos mismos y que allí fueron depositados por

una potencia desconocida . . . Aunque muchas cosas sean desconocidas para los hombres, nada es para ellos más obscuro que su propio espíritu.»

*
* *

Así meditaba el sabio Ulises. Pero pronto reflexionó que mejor haría en no buscar lo que jamás podría saber. Luego la casta Penélope, habiéndolo esperado veinte años, no estaba ya en la flor de la edad, y después que la había vuelto á encontrar, le inspiraba ya menos deseo que en tiempo en que se acordaba de ella de lejos, sobre el vasto mar.

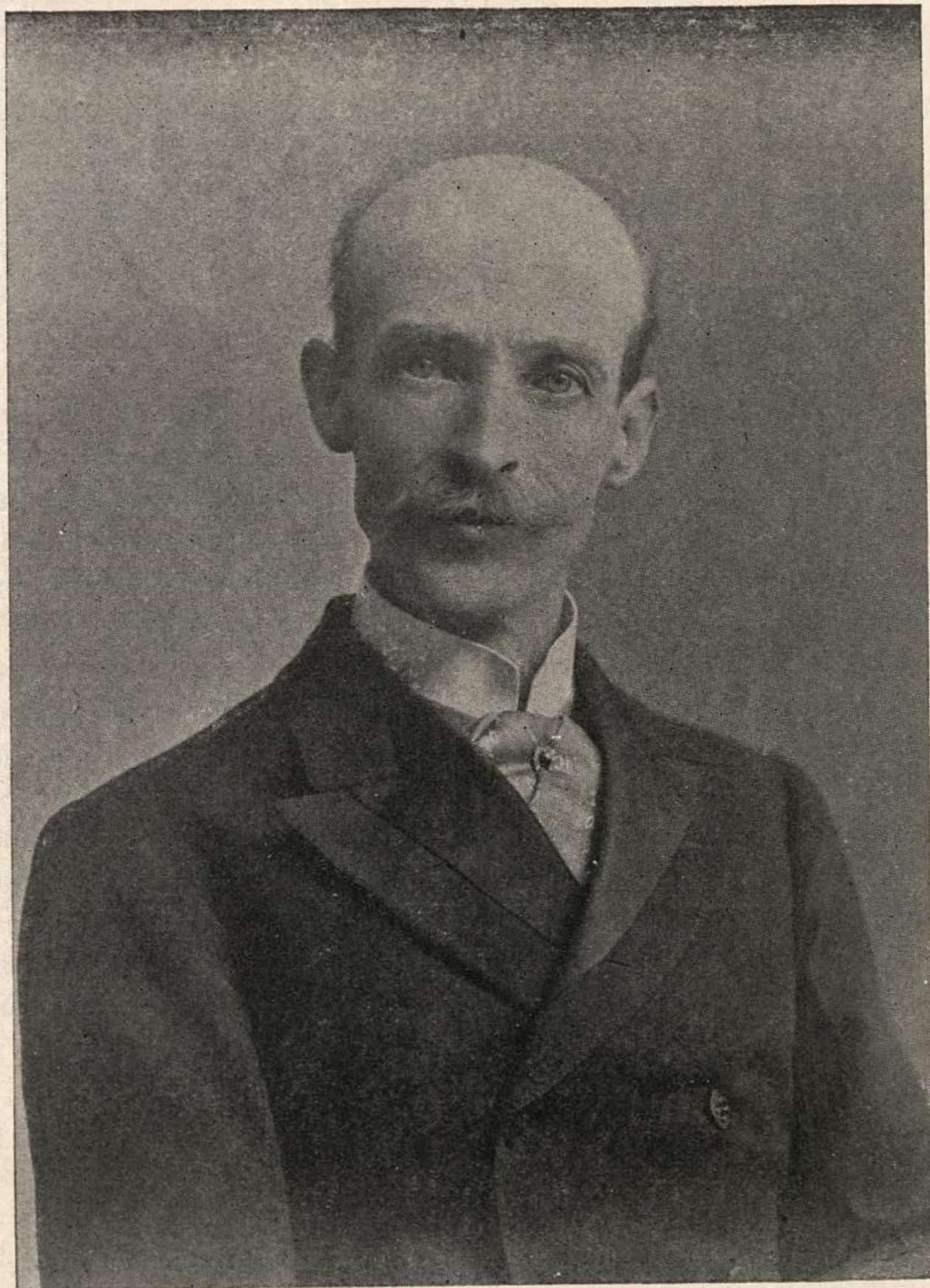
Volvió, pues, adonde estaba Eumeo y le dijo dulcemente:

—Ten ánimo, fiel Eumeo. He visto muchos pueblos y me he puesto al tanto de sus costumbres y de sus religiones. Conozco dioses que no conoces tú. El alma que te atormenta es, dices tú, la de un fenicio: y yo que he habitado largo tiempo en Fenicia, conozco un dios de ese país que te libertará, cuando yo le haya sacrificado un chivo recitando á la vez ciertas oraciones. Eso es lo que voy á hacer en este instante.

Y como Eumeo lo creyó ciegamente, quedó perfectamente curado.

JULIO LEMAITRE.

(Traducción para "Revista Moderna" del último libro de este autor, titulado: "En Marge des Vieux Livres.")



Lic. Pablo Macedo.

DISCURSO

Pronunciado por el Sr. Lic. Don Pablo Macedo, Presidente de las Comisiones Unidas de Hacienda,
 en la Cámara de Diputados,
 en la discusión de la iniciativa de la Secretaría de Hacienda, sobre la reforma monetaria.

«Señores Diputados:

Nunca, en mi humilde vida parlamentaria, me he sentido tan cohibido como en esta ocasión, para exponer los fundamentos que las Comisiones á que tengo la honra de pertenecer, han tenido presentes para dictaminar en el sentido que lo han hecho.

Proviene en este caso la penosa situación en que me encuentro, en primer lugar, de la dificultad de la materia sobre que el dictamen versa, y en segundo, de lo completo, claro y comprensivo de la exposición hecha por el señor Ministro de Hacienda, al presentar al poder Legislativo la iniciativa que en estos momentos es objeto del debate.

Ya las Comisiones lo han dicho en su dictamen: el Secretario de Hacienda ha expuesto la cuestión de la plata y la de nuestra moneda, íntimamente relacionadas una con otra, bajo todos los aspectos en que la han considerado comisiones especiales, estadistas y economistas nacionales y extranjeros, y por lo mismo, si ahora quisieran simplemente salir del paso en vez de cumplir honrada y lealmente con los deberes que les impone el Reglamento, ex-

poniendo á la Cámara cuáles son los fundamentos de su dictamen, me retiraría de esta tribuna sin hacer más que referirme á la clarísima exposición del señor Limantour, que ha tenido en el extranjero y en la República un eco que se ha traducido, en Londres, en una alza de la plata, y en el mercado de nuestros cambios internacionales, en una baja de diez puntos; acontecimiento sin precedente en nuestra historia económica. Pero las Comisiones no cumplirían con su deber si á esto se limitaran; y rogando á la Cámara me perdone si por algún tiempo fatigo su atención, voy á permitirme someterle algunas de las dificultades de la cuestión.

* * *

En punto á moneda, señores Diputados, todo es relativo. Si examinamos la historia de la moneda, veremos que en un principio los hombres comenzaron á trocar unas mercancías por otras, hasta que la dificultad de encontrar una persona que quisiera adquirir aquella mercancía de que su poseedor quería desprenderse, precisamente á cambio de la que él necesitaba,

los obligó á ocurrir á una mercancía común, por todos solicitada, que acabó por convertirse en signo de cambio. Esta mercancía fué el metal precioso, ó más bien, los metales preciosos oro y plata, que por su incorruptibilidad, por su poco peso y volumen, por su fácil y cómoda división y otros caracteres físicos, se convirtieron en el denominador común de la riqueza. Pero si los metales preciosos sintetizan la riqueza, es porque en sí mismos tienen un valor; el oro, la plata y aun los metales secundarios, como el cobre y el níquel, representan un esfuerzo del trabajo humano para adquirirlos. Ahora bien, ese valor es siempre relativo, nunca absoluto. Cuando se produce mucha plata ó mucho oro, el valor de uno ú otro metal sufre las mismas influencias á que está sujeto cualquier otro producto del trabajo humano, esto es, á pagarse en mayor ó menor cantidad, según el trabajo, los esfuerzos y los capitales que el producto ó mercancía representa; y de esta manera nos encontramos con un fenómeno singular: la moneda tiene caracteres que hacen que por sí misma sea una mercancía con cierto valor; pero al mismo tiempo este valor no es fijo, sino variable, y sin embargo, la moneda sirve de patrón ó medida á todos los demás valores.

*
* *

Por otra parte, en lo que se refiere á la cantidad de moneda, hay otro punto de vista, señores Diputados, también completamente relativo. A cada individuo le conviene tener la mayor cantidad de moneda posible, porque siendo la moneda la mercancía privilegiada por excelencia, ella da las más amplias y grandes facilidades para satisfacer nuestras necesidades; pero si generalizamos esta consideración, si suponemos una sociedad en que todos sean igualmente ricos, en que todos tengan la

misma cantidad de moneda, ésta resultará depreciada, por cuanto á que si yo tengo la misma cantidad de moneda que aquel de quien solicito las mercancías que me faltan, resulta, estando nuestras necesidades monetarias equilibradas, que mi supuesto vendedor no se empeñará en tener más moneda; y de esta suerte el valor de la moneda, considerado en la colectividad, bajará relativamente, y los precios subirán.

De ahí que estadistas y economistas se hayan dividido en este punto en dos escuelas radicalmente opuestas: la que hace consistir la riqueza primordial de una nación en la cantidad de moneda que tiene, y la otra que sostiene que no es la nación que tiene más moneda la más rica, sino aquella que, aun cuando con menos moneda, satisface mejor las necesidades de sus individuos, porque la moneda, por sí misma, no las satisface. Lo que á una sociedad le conviene es tener trigo, vestidos, habitaciones, etc., baratos ó á poco costo, y no tener mucha moneda. La fábula del rey Midas, señores Diputados, ilustra perfectamente esta tesis.—A este le sucedía que todo cuanto tocaba lo convertía en oro y de ahí le provenía su infelicidad, porque no podía comer, vestirse, ni gozar ninguno de los placeres que en el fondo constituyen la vida humana y la hacen apreciable.—¿Cuál de estas escuelas tiene razón?—Si bien se examinan las cosas, las dos la tienen desde el punto especial de vista en que se colocan; pero ambas están en el error si, prescindiendo de ese punto especial de vista, generalizan sus conclusiones y quieren aplicar al individuo lo que sólo puede afirmarse de la colectividad ó viceversa.

*
* *

Lo mismo puede decirse si las cosas se ven bajo el aspecto de los intereses de las

diversas clases sociales, que es el propio del legislador: lo que conviene á los consumidores es la baratura de los efectos que necesitan; pero lo que interesa á los productores es vender lo más caro posible. Y este ejemplo podría multiplicarse al infinito, comprobando que estas cuestiones son primordialmente de pura relación, que los inevitables conflictos de intereses que surjan con motivo de ellas tienen que resolverse por consideraciones superiores de justicia. En este terreno se ha colocado la iniciativa ministerial: en él han procurado colocarse también las Comisiones ponentes, y ruego á la Cámara que de igual manera considere las afirmaciones que haga yo en este desaliñado discurso, y me permita examinar las principales objeciones que al proyecto á discusión ha oído formular, y la primera de las cuales se refiere á la prohibición de importar pesos mexicanos, ó al establecimiento de un gravamen sobre esa importación.

*
* *

Se ha visto en esta base de la ley una anomalía que ha dado lugar á que se le hayan dirigido dos series de objeciones: la una se basa en la teoría que hace de los metales preciosos la riqueza única, y la otra se refiere á consideraciones de otro orden, relativas al compromiso de la fe de la Nación, que se dice va implícito en la moneda que su Gobierno acuña y lanza á la circulación.

Según la primera de esas objeciones, siendo la moneda la riqueza por excelencia, cerrar las puertas de la frontera ó establecer un derecho de importación á esta riqueza, es una anomalía inexplicable; lo que á una sociedad le conviene, es tener mucha moneda, se dice, y el pueblo que tenga más moneda es el más rico.

Esta objeción, señores Diputados, está contestada sencillamente con la consideración á que hace un momento me refería. Si, para un particular, es cierto que una gran cantidad de moneda representa una riqueza, por cuanto á que ésta le da los medios de satisfacer todas sus necesidades, para una nación, en su tráfico interior, no pasa lo mismo; lo que á una nación le conviene en materia monetaria, es tener la cantidad de moneda que necesite para sus transacciones interiores, es decir, para satisfacer sus necesidades de cambio; todo lo demás es un sacrificio estéril. Los economistas más distinguidos han establecido ya el principio de que no debe medirse la riqueza de un país por la cantidad de moneda que posea, y, al efecto, han comparado la situación de Francia y la de Inglaterra, demostrando que ésta obra más sabiamente, porque tiene sólo los metales preciosos que necesita para satisfacer las necesidades de su tráfico y movimiento, que Francia, que posee gran cantidad de metales preciosos, que no satisfacen directamente ninguna necesidad y representan una riqueza que podría emplearse mejor en la agricultura, en la industria, en la navegación y en todos los demás ramos de la actividad humana que tienden á satisfacer directamente las necesidades del hombre, que es el fin supremo para que vive en sociedad.

No es cierto, pues, que lo que le conviene á una nación es tener muchos metales preciosos; lo que le conviene es tener el metal precioso en cantidad suficiente para las necesidades de su tráfico y nada más.

*
* *

Conforme á la segunda serie de objeciones á que me he referido, una nación que emite una moneda, es decir, una cantidad

de metal precioso con su sello y con su cuño, compromete, al hacerlo, su fe y crédito; debe, por ende, admitirla siempre, y en ningún caso cerrarle las puertas de su territorio ó rehusarle el curso legal.

En gran parte, esta objeción ha sido contestada en la exposición del señor Ministro de Hacienda, que establece, y con razón, que si nuestros pesos salen de nuestro territorio, no es en calidad de moneda, sino como mercancía; enviamos, al remitirlos, pequeñas barras de plata, cuya ley y peso comprueba el cuño, y si en el extranjero son admitidas, no es con el designio de volverlas alguna vez al territorio mexicano, sino con el propósito de tener pequeñas barras ó discos de plata de una ley y peso conocidos.

Desgraciadamente, no tenemos comercio directo con las naciones en donde, por costumbre tradicional, tiene nuestro peso cierta circulación; no vamos á comprar directamente á China, ni á los Estrechos, ni á ninguna parte en donde nuestro peso circula en Oriente: va allá llevado por otros, como va el resto de nuestras barras de plata, simple y sencillamente como metal, sin comprometer la fe de la nación más que en la certeza, en la verdad del peso y ley que expresa el cuño. ¿Por qué, pues, estaríamos obligados á que cuando la República, por sus propios esfuerzos, mediante sus propios sacrificios, quebrantando algunos intereses (debemos decirlo francamente), se resuelve á ponerse sobre el pie que exige el comercio universal, es decir, sobre la base del patrón de oro, hemos de hacer partícipes de los resultados que á nuestra sola costa obtengamos á quienes, admitiendo nuestro peso simplemente por la plata que contiene y al precio que ésta guarda como mercancía, no se han preocupado del papel de moneda que en nuestro territorio desempeña?

— Sería un contrasentido que así lo hicié-

ramos, y que los arreglos que nosotros hacemos en nuestra casa, por nuestros solos esfuerzos y con sacrificios de algunos intereses mexicanos, vinieran á beneficiar á quienes, fuera de nuestro territorio, han adquirido nuestros pesos. No tendría este modo de proceder razón seria en su apoyo, ni habría ninguna consideración de orden superior que obligara á la nación Mexicana á que esos pesos que salen como mercancía volvieran como moneda.

Paso á encargarme de una duda que con cierta generalidad se formula y constituye un gran punto de interrogación sobre el éxito que la reforma tendrá entre nosotros; y, en obsequio á la claridad, recordaré brevemente lo que México va á hacer si, como lo creo, el Ejecutivo queda autorizado para dictar las leyes á que el proyecto á discusión se refiere.

Cerraremos las Casas de Moneda; estableceremos la relación de nuestros pesos que circulan en el interior de la República con una cantidad determinada de oro, sin alterar por eso el cuño nacional y dejando en circulación el peso y, salvo insignificantes detalles, todas las demás monedas tales y como ahora existen; y prescribiremos que no se acuñen nuevos pesos, sino cuando el poseedor de oro entregue 75 centigramos de este metal por cada «peso» del cuño mexicano que solicite, y que seguirá conteniendo 24 gramos y una fracción de plata pura. Siendo esto así, se comprende muy fácilmente, como sucederá, que el «peso» no pase de la paridad ó equivalencia legal, esto es, del valor que en el mercado universal tengan 75 centigramos de oro puro, ó sea, para simplificar, casi 50 centavos del dólar americano. En otros términos: á esta pregunta: ¿cómo vamos á

lograr que el «peso» actual, que dejará de acuñarse en lo sucesivo, no pase de ese valor de 50 centavos oro americano? podremos responder que el medio es muy sencillo. Las Casas de Moneda permanecerán cerradas mientras no haya quien traiga 75 centigramos de oro puro para hacer funcionar sus prensas: cuando el tipo del cambio internacional, es decir, las letras que se ofrezcan en el mercado alcancen un tipo que tienda á apreciar más nuestro peso —digamos, en 51 ó 52 centavos,— el poseedor de oro que quiera comprar el peso mexicano puede substraerse á esa exigencia dirigiéndose á la Casa de Moneda y, entregando 75 centigramos de oro puro, obtener un peso del cuño mexicano. De esta manera, si alguien, por esos 75 centigramos de oro quisiera dar sólo 90 ó 95 centavos en pesos mexicanos, quedaría frustrado en sus designios, porque el Gobierno tiene la obligación legal de entregar un peso de plata por cada 75 centigramos de oro que reciba.

Creo que el medio es enteramente claro, enteramente sencillo y no demanda mayores explicaciones.

Pero el fenómeno contrario sí se presenta un poco obscuro en el espíritu público. Si, por el contrario de lo que hemos supuesto, hay quien por un peso mexicano nos ofrezca menos de 50 centavos en oro americano, es decir, menos de 75 centigramos de oro puro, ¿cómo vamos á impedir que el poseedor del peso mexicano se vea obligado, si tiene necesidad de mandar oro al extranjero, á comprar el oro á un precio superior á la paridad legal? Es decir, ¿cómo impediremos que, yo que tengo dos pesos mexicanos y quiero comprar un dólar americano sufra la imposición que me haga el poseedor de ese dólar? El fenómeno es un poco más complejo; y, sin embargo, se puede explicar perfectamente. El comercio internacional, ó lo que es lo mismo, los

cambios internacionales, están regidos por la ley de la oferta y la demanda; el productor mexicano de cualquier artículo, de café, de henequén ó de plata, que vende en el extranjero, cuando realiza su operación se encuentra poseedor de oro extranjero; pero éste no tiene circulación legal en la República, y él, para satisfacer sus necesidades, tiene, con aquel oro, que procurarse lo que constituye el signo de cambio entre nosotros, es decir, el «peso» mexicano. Entonces, la lucha económica se establece entre el poseedor de francos, de marcos ó de dólares americanos (para seguir la comparación ya establecida) y el poseedor de pesos mexicanos: el que tiene dólares en Nueva York procurará adquirir con ellos la mayor cantidad posible de pesos mexicanos, y á su vez el poseedor de «pesos» mexicanos procurará adquirir con ellos la mayor suma posible de dólares americanos. Si hay mucho oro americano que se ofrezca al mercado mexicano, ó á la inversa, si hay muchos pesos mexicanos que en el mercado interior se ofrezcan á cambio de oro, se establecerá una oferta y una demanda en la que, como es natural, estará la ventaja por el que posea el artículo más escaso, como sucede que cuando una cosecha de trigo es abundante, el precio baja, y cuando es escasa, el precio sube; porque en el primer caso, en el mercado se encuentra mucho trigo; y en el segundo, poco para satisfacer las necesidades públicas. Puesta la cuestión en este terreno de la oferta y la demanda entre dos cantidades relativamente limitadas, puede haber perfectamente lugar á que el comprador y el vendedor se coloquen en condiciones de previsión para el futuro; condiciones que les ponga, en las épocas de abundancia, en aptitud de comprar —¿para qué?— para vender en los períodos de escasez.

En otras palabras: cuando haya muchas

letras sobre el extranjero que se ofrezcan en el mercado mexicano, es posible que decline un poco el precio, y entonces los comerciantes que se dedican al comercio de metales preciosos, ó sea los banqueros, podrán proveerse de letras sobre el extranjero, que realizarán en épocas de relativa escasez. De esta manera, como sucede aún entre las naciones que usan el patrón de oro —entre Inglaterra y Estados Unidos, por ejemplo,— podrá haber cierta época en que el cambio tenga pequeñas fluctuaciones de alza ó de baja; pero sin que se aparte demasiado de la paridad legal, es decir, de la equivalencia de 50 centavos oro por el peso mexicano.

Dícese, para extremar la objeción, que podrá suceder que algunas veces este equilibrio teórico del mercado se rompa por causas especiales; puede ocurrir que una pérdida en la cosecha de café, una baja en el precio del henequén ó de la plata, en suma, una causa cualquiera que venga á perturbar el comercio mexicano de exportación, haga que el oro sea más solicitado que en épocas comunes. Si este caso llegara, podría acudir á él el Gobierno con sus recursos habituales y ordinarios, sin necesidad de constituir un fondo especial, é influir en el mercado de una manera legítima. Es el Gobierno en nuestro mercado, y bien lo sabéis, señores, uno de los compradores más constantes de oro, del oro que necesita para satisfacer, entre otras cosas, el interés de nuestra deuda pública; con este motivo, si el Gobierno, en época en que haya mucha demanda de oro, retira la suya del mercado y se provee, ya haciendo uso de sus reservas, ya de su crédito (que, por fortuna, lo goza ilimitado), del oro que necesite, cesará el desequilibrio teórico que suponemos existente entre la demanda y la oferta de oro.

No sé, señores Diputados, si he logrado expresarme con bastante claridad; trátase

de fenómenos sumamente difíciles de explicar en pocas palabras, y habría preferido contestar á alguna objeción concreta, responder á reparos efectivamente formulados, á contestar objeciones que yo mismo me presento, y no sé si con bastante fuerza y en forma bastante clara.

*
* *

Se dice también que, pues toda la reforma monetaria se hace descansar sobre la limitación en la cantidad de moneda nacional, es decir, en la cantidad de «pesos» de plata en circulación, será posible, con efecto, conseguir que estos «pesos» suban en apreciación con relación al oro, pero sólo estableciendo una tirantez en el mercado de los capitales, de suerte que la tasa del descuento en los Bancos y, en general, el tipo del interés suba de una manera exagerada. Esta objeción, señores Diputados, creo que podría contestarse fácilmente. En primer lugar, desde el momento en que la cantidad de moneda existente en nuestra circulación sea limitada, y aun concediendo que esa limitación en la cantidad de moneda venga á producir entre nosotros una alza del interés y del descuento bancario, tendríamos perfectamente en función las leyes ya conocidas y bien establecidas desde hace muchos años por la ciencia económica, en virtud de las cuales, allí donde aumenta el interés, es decir, allí donde están recompensados con un alto premio los capitales representados por la moneda, afluyen esos capitales; es decir, que si el interés en México fuera de 10, de 11 ó de 12 por 100, provocaríamos la afluencia de capitales extranjeros que vendrían á buscar una remuneración que en otra parte no encontraban. Cuando, por ejemplo, el Banco de Inglaterra levanta el tipo del descuento al 4 ó al 5 por 100, y en Francia

ó Alemania se encuentra al 2 ó al 3 por 100, los capitales franceses ó alemanes ocurren al mercado inglés en busca de aquel interés, y produce precisamente el efecto de abaratar el dinero, es decir, de bajar el tipo del descuento. Este fenómeno habrá de producirse forzosamente en México: y hoy no se puede producir, porque el capital extranjero que hasta ahora ha venido á invertirse en México, con la inestabilidad de los cambios no ha sabido si habiendo comprado, por ejemplo, diez pesos con una libra esterlina, mañana esos diez pesos, al retirarse, se convierten en menos de una libra esterlina y determinan en el capital una pérdida que no se compensa con la ganancia obtenida por el interés. Pero si se establece la fijeza en el cambio internacional, á la hora en que el capital de las otras plazas que lo tengan abundante afluya á las nuestras con objeto de encontrar una colocación más productiva, vendrá con tranquilidad, porque sabrá que, cuando quiera, podrá retirarse sin pérdida alguna.

Vuelvo á repetir, señores Diputados, que no sé si mi explicación ha sido clara; si no lo hubiere sido, tendría el mayor placer en aclararla.

*
* *

Pasando á otro orden de ideas, creo de suma importancia llamar la atención de la Cámara sobre que la reforma monetaria, si se lleva á la práctica como está proyectada, ofrecerá la gran ventaja de que no variaremos el cuño de nuestra moneda, sino que seguirá circulando el mismo y tradicional peso mexicano, y la reforma no será siquiera sentida por la gran mayoría del pueblo, que seguirá haciendo sus cobros y sus pagos en la misma moneda, en el mismo signo de cambio á que está acostumbrado. Y esto, señores, tendrá una ven-

taja no solamente en el interior: la tendrá, la ha tenido ya en el exterior, en donde al anuncio de la reforma monetaria, á pesar de ser México uno de los últimos países fieles al patrón de plata y el mayor productor de este metal en el mundo, no se ha producido declinación en su precio: por el contrario, la noticia de la reforma monetaria mexicana ha sido saludada en el extranjero con una alza en el valor de la plata. Esto confirma á las Comisiones en la creencia de que, aprobándose la iniciativa del Gobierno, autorizándole para decretar nuestra reforma sobre las bases en que ha sido proyectada, ni se perturbará el mercado interior, ni se producirán fuera los trastornos que algunos pesimistas han augurado.

*
* *

Ocupándome ahora en algún detalle de mucha menor importancia que los ya señalados, habré de referirme á la autorización que en el inciso G, del artículo segundo, se concede al Ejecutivo á fin de acuñar para la exportación pesos de cuño anterior al actual; autorización que ha sido interpretada por algunos señores Diputados, según han significado privadamente á las Comisiones dictaminadoras, en el sentido de que ella permite al Gobierno acuñar moneda con caracteres ó fechas que no corresponden á la realidad, ó, en otras palabras, aunque no propias, acuñar moneda falsa. Esta es, si no me engaño, la objeción presentada en toda su fuerza y desnudez.

Sin embargo, nada es, á mi juicio, más fácil de contestar. El cuño actual es el que tradicionalmente hemos usado, con ciertas pequeñas diferencias, especialmente en el cordón; pero las leyes monetarias de la República y hasta los Reglamentos establecen que, sin desfigurar, sin tocar el cuño, se ponga en la moneda el año de la

acuñación, por lo cual nada impediría que en moneda acuñada ahora con el cuño anterior al que se está usando, se ponga el año verdadero de la acuñación, es decir, no el que corresponde al antiguo cuño, con su diseño, cordón y demás detalles, sino el año en que la acuñación se verifique. No se opone á ello la fracción á que me he referido, del artículo segundo del proyecto de ley á discusión, y en consecuencia, á mi entender, no hay peligro alguno de que se diga que el Ejecutivo, al hacer lo que esa fracción establece, acuña moneda falsa, ó cuyos caracteres se han alterado.

* * *

No han llegado hasta mí otras observaciones sobre el proyecto de ley que se discute; si algunas más se formularen, las Comisiones tendrán la honra de tomarlas en cuenta, haciendo justicia á las objeciones que se le hagan, cuando fueren fundadas.

Por ahora, señores, concluiré estas inconexas y desaliñadas frases, llamando la atención de la Cámara sobre la importancia de la reforma que hoy se propone al examen del poder Legislativo; y la comparación que voy á formular, debo confesarlo ingenuamente, no es mía: la he oído en muchas bocas, y por eso me permito transmitirla á la representación nacional.

* * *

Hay en nuestra historia política dos hechos de inmensa importancia: la Independencia y la guerra de Intervención: aquella nos dió el rango de nación: ésta afirmó nuestra personalidad internacional y, subtrayéndonos de la influencia de naciones más poderosas que la nuestra, nos persuadió de que teníamos fuerzas bastantes para vivir

por nosotros mismos, y con el triste drama desenlazado en el cerro de las Campanas, selló para siempre la Independencia mexicana. Desde entonces ya no tenemos intervenciones diplomáticas que pongan nuestras promesas fiscales bajo la fe de un pacto internacional, ni lo hemos necesitado; y acabó para siempre la vergüenza de que un ministro diplomático, exija en un tratado el compromiso de la fe de la Nación, para que México cumpla las obligaciones que honrada y voluntariamente contrae con sus acreedores. (Aplausos). Hemos, pues, señores, sellado con la sangre derramada en Querétaro, el pacto definitivo de nuestra Independencia política.

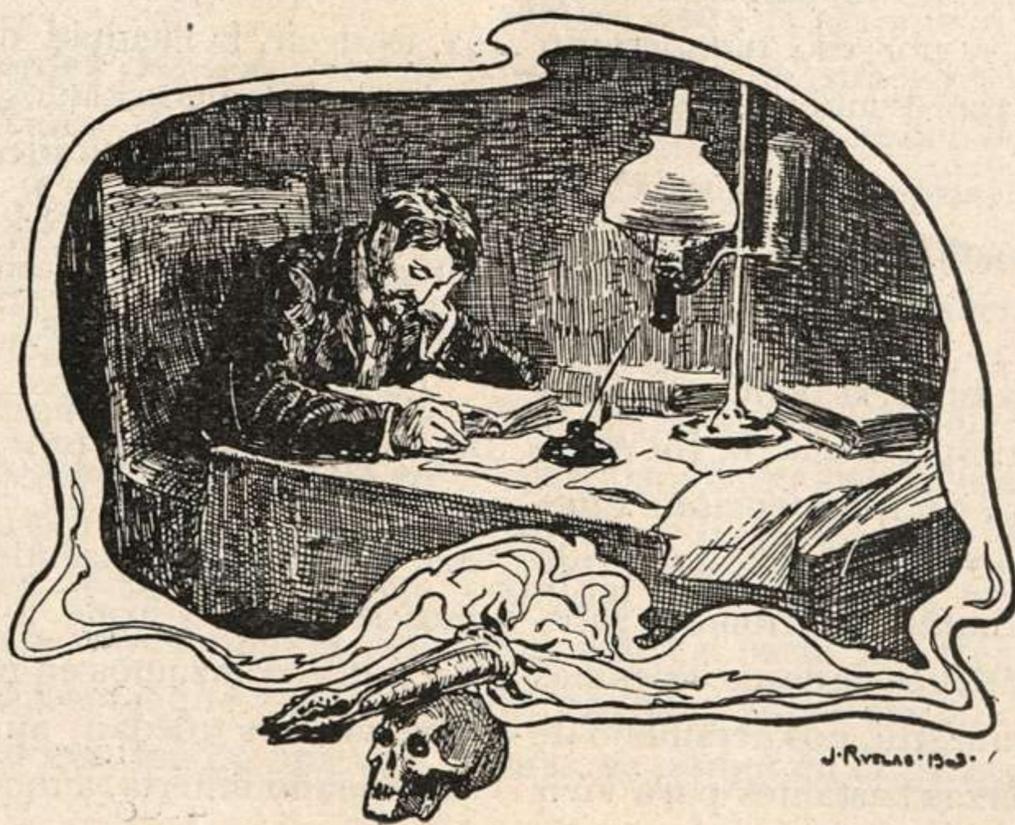
En el orden económico registra nuestra historia dos hechos tan importantes, como los de nuestra historia política á que he aludido. Es el primero, la Constitución y su complemento indispensable: las leyes de Reforma. Ellas nos dieron la libertad económica, es decir, pusieron las bases de nuestra verdadera independencia (voces: Bien, muy bien); ellas abolieron las prohibiciones, los estancos y los monopolios; sancionaron la libertad en el tráfico interior, aboliendo las alcabalas; establecieron la libertad del trabajo y de profesiones, la igualdad en la tributación, y, en una palabra, lo que significa la libertad económica, es decir, la facultad de que cada uno satisfaga sus necesidades, conforme á sus merecimientos y aptitudes, y hasta conforme á sus gustos y á sus preferencias, cuya satisfacción, señores, también constituye un derecho. (Aplausos).

La conquista efectiva de este principio ha exigido que recorramos un largo camino. No lo hemos hecho, ciertamente, en un día; lo estamos realizando aún; pero lo vamos realizando firme y resueltamente, y día á día avanzamos en nuestra conquista. Todavía nos quedan, aunque no tenemos ya la mano muerta, aunque no tenemos ya

prohibiciones, aunque no pagamos alcabala, todavía nos quedan detalles que conquistar. Recordaré la zona libre, que, á título de protección á la frontera, la debilita, y hace de los mexicanos que la habitan, mexicanos distintos de los demás, y recordaré también, señores Diputados, dejándome acaso llevar en esto de un sentimiento personal, la libertad de profesiones, que no ha podido recibir todavía la sanción de esta Cámara. Pero el rumbo no está perdido: vamos por el buen camino, y casi todo lo tenemos ya conquistado. Esto es, lo repetiré, nuestra Independencia económica en el interior.

Pero necesitamos afirmarla con relación á las naciones extranjeras; y mientras no tengamos una verdadera moneda, todos nuestros valores, toda nuestra riqueza descansan sobre lo que la plata vale en Londres, y el valor de la plata allí está á merced de todos los vientos y de todas las especulaciones. No tenemos, pues, riqueza sólida, señores Diputados; dependemos absolutamente del extranjero, y es tiempo de que cese esta situación, y de que afirme-

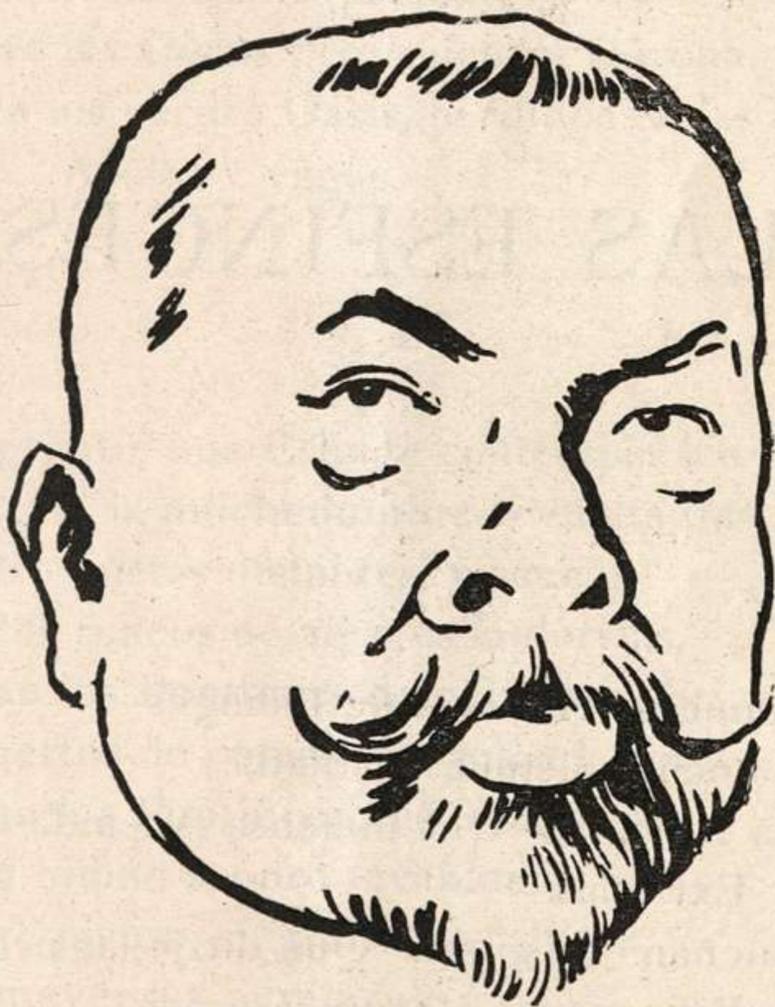
mos nuestra personalidad en el comercio internacional; necesitamos, en suma, «ser nosotros.» ¿Por qué? Porque ya que nuestro progreso interior nos ha llevado felizmente á participar en el concierto de todas las naciones, sin dejarnos llevar de un espíritu mezquino, ni de mala voluntad al extranjero, á quien, por el contrario, abrimos las puertas de nuestras fronteras, y vendemos nuestros productos, necesitamos colocarnos con ellos en un pie de absoluta igualdad; y no podremos lograrlo mientras no adoptemos el patrón de oro, que es á lo que la reforma monetaria, hoy emprendida, nos conduce; es decir, á comerciar sobre un pie de igualdad que nos haga enteramente dignos de figurar en el concierto internacional. Venga aquí el extranjero, vayamos nosotros á él, pero conserve cada cual su personalidad á la misma altura. Esta, señores, es obra patriótica: por eso la ha iniciado la Secretaría de Hacienda, por eso las Comisiones han hecho suya la iniciativa del Ejecutivo, y por eso os invitan á que las honréis votando con ellas. (Aplausos).»



EL LIBRO DE RUBEN DARIO

Honremos al altísimo poeta. Honrémosle y démosle gracias. Sobre los poetas menores, pequeños y quejumbrosos que nos afligen, sin darnos sombra ni fresco, música ni fruto, se alza Rubén Darío como un olmo copudo, como un cedro venerable, como un poderoso almez de lustrada corteza, con frondas de color de esperanza, en un bosque de sauces llorones.

Muerto Campoamor, la lengua castellana cuenta, por fin, con un gran poeta de ideas y de sensaciones; con un poeta fecundo, sabio en el modular, inesperado y sorprendente en la rima, lleno de felicísimos repentes, audaz como los primerizos, y variado y maestro como los curados de espanto. Ni el mismo Zorrilla le igualaría en el sentido musical; Wagner, á quien Zorrilla desconoció, le ha enseñado sus discordancias negativas, sus inarmonías



inquietantes, que excitan los nervios de la gente canónica y preceptuosa. Y luego, es un poeta vivo, de hoy y aun de mañana. Y, sin embargo, es un poeta nacional, español, pero mucho más español que todos los otros. Aprendan de él garbo y españolería, los que viven chupando la substancia de este ó de aquel librito con tapas de color de mayonesa.

Cantos de vida y de esperanza es la madurez del genio de Ru-

bén Darío; mas, por fortuna suya y de la poesía, no es una madurez correcta, oclusa, definitiva, académica. No es éste un libro sin desmayos, gracias á Apolo; ni de él se pueden sacar recetas, ni su autor ha adoptado un amaneramiento cómodo para no seguir luchando por la idea, y peleando con la forma. El hierro está rojo, el yunque brillante, el horno encendido. El poeta ha trabajado, y trabaja, y seguirá

trabajando, seguro de que ha dicho la mitad de lo que sentía y pensaba, consciente de que la perfección es inasequible, y de que sólo para sepulturas se labran mármoles clásicos.

Cantos de vida y de esperanza es, en fin, libro generoso, piadoso, optimista, confiado. Es un inmenso, un inapreciable servicio prestado á España. ¿Para cuándo y

para quién están las grandes cruces de Alfonso XII? ¿Piensa en esto el respetable Sr. Montero Ríos, que posee tan alta distinción? ¿Piensa en esto el discretísimo Sr. Mellado? Rubén Darío, con su libro honra á España. Nosotros, españoles, honremos al altísimo poeta.

FRANCISCO NAVARRO LEDESMA.
(Del *A. B. C.*, de Madrid)

LAS ESFINGES

Una inmensa Avenida de Esfinges
En la noche solemne y callada:
Una inmensa Avenida—Una inmensa Avenida de Esfinges
Extrañas.
Meditan ó sueñan? Suspiran? Qué dicen las negras
Esfinges adustas y trágicas?
Las negras Esfinges de ojos taciturnos, de pechos enormes
Y felinas zarpas?
Hay algo en sus torvas pupilas de piedra
Que no es la mirada—
Que no es el relámpago que anuncia la vida,
Que no es el espanto, que no es la nostalgia.
Hay algo en sus torvas pupilas de piedra;
Sus ojos divinos, sus ojos sin lágrimas,
Sus ojos que miran con la honda fijeza
De las ataraxias. . . .

**

Sacuden su copa los altos cipreses. Un viento de Nubia
 Agita los bosques de rígidas palmas,
 Como blande el guerrero sus flechas
 Flexibles, agudas y largas.
 El Nilo distiende sus glaucos anillos
 Cual las perezosas serpientes sagradas,
 Y se aleja ondulando en la inmensa llanura,
 Dormido y profundo.... Ni un eco en las playas....
 Heliópolis duerme su sueño. La Luna
 Prosigue su viejo camino de lágrimas,—
 Clavando sus ojos insomnes de viuda
 En los dromedarios de las caravanas.
 Y los dromedarios pacientes y dulces
 Sobre las arenas prosiguen su marcha,
 Soñando en los verdes Oásis, perdidos en las lejanías
 Azules y vagas.

**

De pronto, una Esfinge contempla á lo lejos
 A la muchedumbre revuelta que avanza—
 Y suenan trompetas distantes, y suenan
 Los címbalos roncros de alegres fanfarrias,
 Y van los Pontífices de cultos sombríos
 Cubiertos de gemas preciosas y raras—
 Y van los Pontífices vestidos de oro,
 Y un himno sonoro levantan:
 Y la Esfinge piensa, sin abrir los labios,
 Sin mover las pupilas de ágata:
 —“Son los Sacerdotes de Osiris,
 Que pasan!”

**

Un Hermes de líbico jaspe rosado
 Perfilado en la sombra su máscara:
 Profundas arrugas le surcan la frente,
 Sus graves pupilas parecen cansadas.
 El musgo verdoso le ciñe la frente

Como una corona sutil de esmeraldas,
Y ponen los siglos un sello sagrado
De polvo y grandeza en sus barbas.

*
* *

Y reina el silencio....

Proyectan su sombra
Los templos enormes de líneas titánicas
Semejantes á monstruos que acechan
La noche fantástica.

Y reina el silencio.... Solemnes y tristes
Las momias escuálidas

De los Faraones se agitan en sus hipogeos,
Ó en lentas teorías, se ierguen y marchan....

Desfile callado de cien dinastías
Delante las negras Esfinges, que miran
Adustas y trágicas!

Heliópolis duerme su sueño
De estatua;

Las negras Esfinges meditan
Y callan:

Y un viento de Enigmas conduce en la noche
Secretos que espantan....

*
* *

De pronto, los remos, con sordos rumores
Agitan las aguas.—

Son remos silentes que agitan las olas
Profundas y glaucas.

Y tiende, sin ruido, sus velas de púrpura
La nave fantástica.

La galera de oro que Memphis conoce,
De velas de púrpura y remos de plata:
Conduce á la Reina terrible y hermosa,
La Reina terrible, que besa y embriaga,
La Reina terrible de verdes pupilas,
La de cabellera profusa y extraña,
La Reina indolente de senos de loto,

La pálida,—
 La dominadora de pueblos y Reyes,—
 ¡Cleopatra!....
 Ahogan su brillo los remos,—se alejan
 Los remos de plata—
 Y se hunde en las sombras la Reina terrible
 De verdes pupilas de Maga....

* * *

Los lotos emergen sus regias corolas
 Como deslumbrantes estuches de Hadas,—
 La brisa se duerme cantando en los juncos;
 Refulgen ligeros temblores de nácar,
 Y por las oscuras riberas del Nilo
 Acuden los Ibis en lenta bandada.....
 Entre los rosales que bordan la orilla
 Delante del César, Antinöus se baña,
 Y Adriano contempla con mudo embeleso
 Las formas del joven divino en las aguas.....

* * *

El viento de Nubia sacude los altos cipreses;
 Los Ibis se ausentan en roja bandada;
 La Luna refulge cual ópalo inmenso
 En el oro del cielo engastada.....
 El Nilo distiende sus pardos anillos
 Y Heliópolis duerme su sueño de nácar.

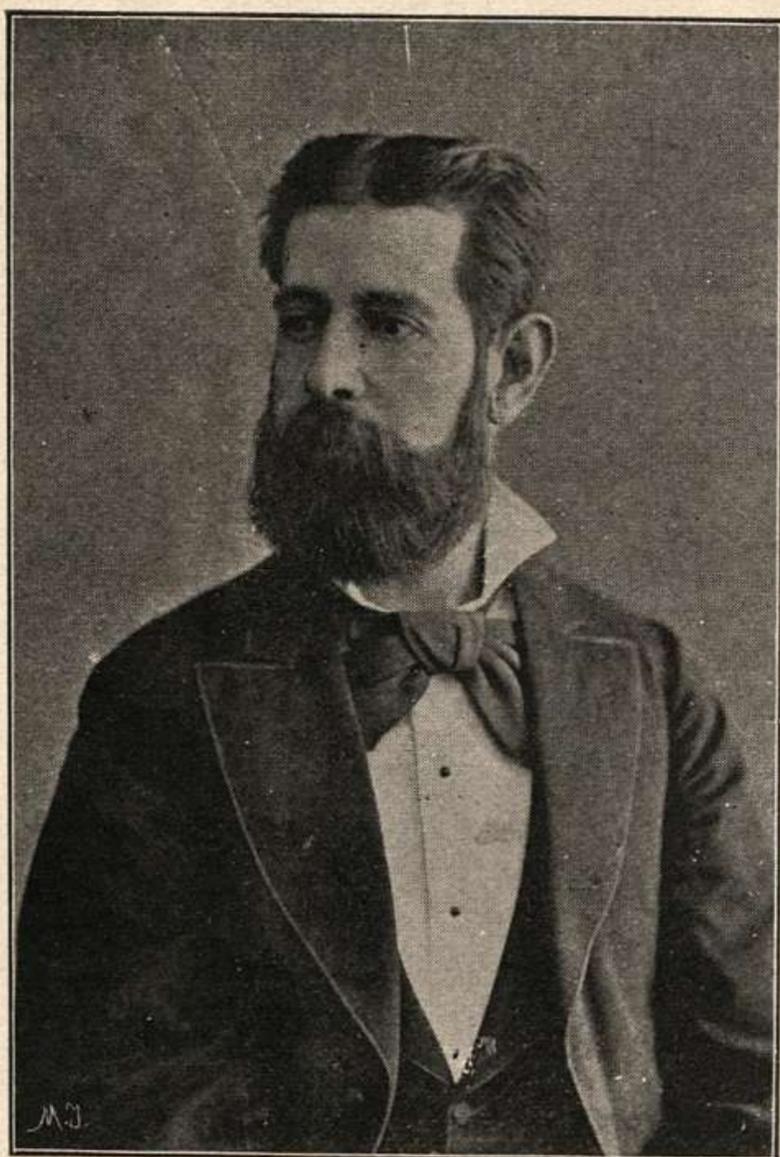
Las negras Esfinges, insomnes, se miran
 Con ciegas pupilas de ágata:
 Como interrogando sus propios silencios,
 Las negras Esfinges, se miran y callan.....

Y los dromedarios
 De las caravanas
 Prosiguen con paso tardío
 Su marcha,
 Soñando en los verdes Oásis perdidos
 En las lejanías azules y vagas.....

LEOPOLDO DÍAZ.

Ginebra.—1899.

JULIO ITUARTE



JULIO ITUARTE.

Ha desaparecido con Julio Ituarte, muerto el mes pasado, el último representante de la vieja escuela de pianistas. Hace veinte años, Julio Ituarte era el primero de los pianistas ejecutantes, y tan fuertemente impuso su personalidad, que aun hoy se le respetaba y se aprendía su arte de cantar en el piano, en el Conservatorio. Nadie entre nuestros artistas hizo vibrar como él las cuerdas de un piano cual si fuese

una cítara. Sus dedos poderosos imprimían sabiamente la intensidad de su temperamento, y así su ligado era vibrante y sonoro, y lo que era juzgado como intuitivo, era el resultado de un profundo estudio técnico.

Precursor de Meneses, Campa y Castro, los tres excelentes pianistas, que han hecho dúctil su arte, el primero fundando una escuela de piano suya; el segundo dando forma á altas y bellas concepciones como el *Allegro appassionato*; el tercero alcanzando la virtuosidad, Julio Ituarte cumplió una hermosa misión, pues fué el precursor de la pléyade de pianistas que han hecho de ese arte la más culta manifestación artística de México.

Y para elevar el criterio musical de una ciudad que hoy entiendo y consagra á los pianistas, Julio Ituarte trabajó durante su Juventud, en fructuosa labor de preparación. Fué fundador de la Sociedad Filarmónica, de la que surgió el Conservatorio. Fundó el Orfeón Popular, logrando que 300 obreros cantaran los coros de *Norma* en el Teatro Nacional. Dió numerosos conciertos en la Lonja. En 1875, Julio Ituarte tuvo un gran triunfo dando un concierto para la inundación de La Gironda; la colonia francesa le donó una corona de oro; tocaron sus discípulas, presentándose así por primera vez señoritas en un concierto en México, y su hermano,

Alberto Ituarte, hizo entonces su debut de poeta. Los artistas extranjeros que venían á nuestra ciudad, quedaban encantados de oír á Julio Ituarte. Tamberlick quiso llevárselo á Europa, y el violinista White, que nadie le acompañara sino Ituarte.

Predecesor de nuestros concertistas con el *Concert-Stuck* de Weber, Julio Ituarte vió satisfecho que el arte del piano llegaba al apogeo al declinar la vida del viejo pianista, pues si hubo artista exento de envidias, ese fué Julio Ituarte. Su vida fué un quieto deslizar de plácido arroyuelo en murmurio.

Una tarde llegamos Ernesto Elorduy y yo á una *brasserie* de Tacubaya y pedimos dos *bocks*, cuando de pronto dejóse oír un piano. La música era bella, viejas canciones de Mendelssohn, y gozábamos su melodiosidad con encanto; y al terminar fuimos á saludar al artista que nos había hecho soñar. Era Julio Ituarte. Fui presentado al autor de las bellas composiciones *La Aurora*, *El Artista muere*, que deleitaron mi adolescencia, que fueron plenilunio de amor en el paisaje melancólico de mis quince años, y fui feliz cuando el viejo músico pidió su *bock* y se sentó con nosotros, quemando su eterno cigarrillo preso en las antenas de la tenaza, arrebujado en su vieja capa abotonada que ocultaba un bohemio de buena cepa. Y al crepúsculo que doraba su barba ahumada de fumador empedernido, evoqué memorias bellas, vi pasar toda una vida puesta al servicio del arte, que ahora declinaba tran-

quilamente, en dichosa y serena paz.
Era ya de noche cuando nos despedimos para siempre.



LUIS MOCTEZUMA.

Reemplaza en el Conservatorio al viejo artista muerto, el joven maestro Luis Moctezuma, el fuerte y disciplinado técnico, laureado ya en el magisterio, que une á su inteligencia realzada en estudioso y brillante predominio, una poderosa personalidad artística, cuyo perfil delinearé un día, no hoy que rindo parias al viejo maestro de las bellas composiciones románticas que embalsamaron mi soñadora adolescencia!

RUBÉN M. CAMPOS.



NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Las Elegías de Tibulo, de Ligdamo y de Sulpicia, traducidas en verso castellano por D. JOAQUÍN D. CASASÚS.— México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1905.

Viene el libro tal como lo esperábamos: en elegante volumen de cerca de seiscientas páginas, bella y cuidadosamente impreso y bien nutrido de arte, erudición y doctrina. La enorme laboriosidad del alto poeta y distinguido humanista, nos tiene ya acostumbrados á esas esplendideces de pródigo intelectual que, como el hombre del cuento de Daudet, va repartiendo á manos llenas el oro de su cerebro; sólo que este prócer de las letras tiene bien repletas las arcas de la inteligencia, y pocos temores debe de abrigar de que se le agoten con sus dádivas generosas. A nadie ha causado, pues, extrañeza que al estudio magistral sobre la «Vida y obras de Cayo Valerio Catulo,» haya seguido, á la vuelta de unos cuantos meses, la bella traducción de las bucólicas virgilianas, á éstas, la «Musa Antigua,» linda colección de versos líricos originales, y que hoy, cuando estamos aún saboreando los versos de Ligdamo y del voluptuoso Tibulo, y resuenan todavía en nuestros oídos los apasionados acentos de la latina Safo, ya el infatigable Don Joaquín esté para publicar la traducción de Catulo, obra quizás la más bella de cuantas el autor ha emprendido por ese camino, y cuya lectura ha sido la nota más interesante en las últimas sesiones del

«Liceo Altamirano,» al que cupo en suerte gustar las primicias del interesante y esperado libro.

Á quien, como Don Joaquín, tiene que dedicar su tiempo á abrumadores trabajos de índole científica y á innumerables negocios de su concurridísimo despacho, y mira en los estudios literarios que emprende sólo un «grato y honesto solaz para el espíritu,» podría exigírsele á lo sumo una obra de *amateur*, un mariposeo propio de culto intelecto y de atildado gusto; pero su amor al arte es inmenso, y su obra lo es, á la par, de poeta muy alto y de pacienzudo erudito que ha andado en serias y prolongadas pláticas con traductores, comentadores y biógrafos. Sólo que este intelectual que ama la literatura moderna, que traduce á Heredia y rinde culto á las ideas estéticas de los nuevos cánones, no disimula su preferencia por las viejas literaturas, y cada libro suyo es una excursión de placer á ese país lejano, donde brotan las claras fuentes de la eterna belleza, en cuyas linfas pocos van á beber ahora, olvidadizos ó ignorantes del plácido y perfumado sendero que á ellas conduce. Atraídos por el poliforme y sutil encanto del arte nuevo, sedientos de sensaciones raras, enfermizas en ocasiones, preferimos el acre perfume del camarín pecaminoso al ambiente sano é impregnado de aromas delicados de la romana campiña; las testas de Rodin, atormentadas de pensamientos, al mármol impasible de la Venus de Milo, don-

de no hay más que quietud, serenidad y hermosura; el canto sensual y doloroso de Verlaine y las cabalísticas inspiraciones de Mallarmé, á los lirismos ingenuos—en su misma sensualidad—de Catulo, y á las gracias bucólicas del Mantuano. Difícil es para paladares habituados al sabor acre y picante de los humorismos casi patológicos de Mirbeau y de Willy, ó á los morbosismos psicológicos de Des Esseintes ó de Mr. de Venus, encontrar el debido encanto en las plácidas notas de la horaciana musa ó en la sencillez primitiva de la pastoral de Longo. . . .

¿Tenemos razón? La intrincada red de la vida moderna, ¿ha aprisionado nuestro espíritu en sus tupidas mallas y sólo esos refinamientos, esos matices de color, de sonido y de perfume son ideales dignos de las aspiraciones estéticas de ahora? . . . Yo no sé; pero sí que el arte es amplio y generoso; que todo cabe en su católico recinto con tal que lleve, como indispensable pasaporte, el signo inmortal de la belleza, y que, de cualquier modo, entre sorbo y sorbo del aromado y opalino ajeno, bueno es acudir á la odre plena de añejo y delicioso vino. . . .

Bienvenido el libro del maestro, y venga también en buena hora, y mientras más pronto, mejor —antes que el sabor de la uva rica y generosa haya desaparecido de nuestros labios,—el bien oliente haz de flores de Catulo, el más brillante de los líricos latinos.

Gérmenes, por JOSÉ I. NOVELO. Mérida, Imprenta «Gamboa Guzmán».—1905.

En un bello y elegante volumen, que pue-

de llenar de orgullo á las prensas meridanas, nos llega de la capital yucateca, centro literario importantísimo y cuna de gloriosos poetas y sabios escritores, nos llega este libro en que Novelo ha reunido algunas de sus ya numerosas composiciones líricas. El autor de «Gérmenes» no es un desconocido en las letras mejicanas; tiene ya formada su reputación de poeta correcto é inspirado, y el flamante libro confirma que esa reputación la tiene por obra no de gracia, sino de justicia. El tomo contiene versos muy hermosos, sobre todo en el género descriptivo, y «Stella matutina,» «La niebla,» «En la selva,» «En la floresta» y algunas otras, son obra de un poeta que siente la naturaleza y conoce concienzudamente su arte.

Un crítico exigente podría tachar, en ocasiones, á la musa de Novelo, de una ingenuidad casi infantil y perdonable sólo en un poeta de veinte años; y ese mismo cazador de gazapos encontraría quizás en el libro reminiscencias no disimuladas de ajenas inspiraciones. Tal ó cual soneto recuerda á Othón; algunos, como «En el boulevard» y «En el baile»—y muy bellos por cierto,—huelen demasiado á Lugones. (¿Estaba el poeta, al escribirlos, bajo el encanto de una lectura cariñosa de «La noche rústica de Santa Walpurgis» ó de «Los Crepúsculos del jardín?») Pero arroje la primera piedra el que se halle limpio de culpa, y saboree lo bueno del libro quien sepa que no es poco trabajo hinchar un perro. La «Revista» envía sus sinceras felicitaciones al autor de «Gérmenes.»

E. G. M.



REVISTAS

Como lo anunciamos oportunamente, el domingo 9 del mes actual hizo su reaparición, entre la culta prensa del Estado de Jalisco, *La Gaceta de Guadalajara*, viejo y prestigiado periódico que dirige el inteligente periodista Sr. Lic. Don Luis Manuel Rojas, distinguiéndose, como siempre, por su selecta amenidad.

*
* *

Como nota ilustrativa del libro *Algunos*, de Antonio Montes, próximo á publicarse, José Ingegneros, el joven y aventajado fisiólogo argentino, ha escrito lo que él llama *Origen y esencia de «La Syrninga»*, que de la culta revista bonaerense, *Ideas*, á continuación transcribimos.

La Syrninga, institución de estética y de crítica, preexiste, existe y subsiste. Es un exponente del espíritu dionisiaco y, como él, remonta su origen hasta la primera sonrisa del piteco ancestral. Todo Syrningo es dionisiaco; puede, ulteriormente, ser apolíneo.

El carácter de syrningo no se confiere ú otorga; se reconoce y comprueba. El espíritu syrningal reviste gradaciones; en la América Latina alcanza hasta el quinto grado; se ignora la existencia de grados superiores, pues nadie puede presumir ni comprobar cualidades que exceden de su comprensión.

Cierta noche de conversaciones satanistas, en el salón del «Ateneo,» Rubén Darío

y yo, prolongamos la plática hasta el amanecer. Y tuvimos este diálogo:

—Rubén: nace el lucero. Maullará por tres veces el gato negro.

—Déjame pensar en el unicornio . . .

—Oye. . . .

Y oímos, á lo lejos, los tres maullidos, tristes y dolorosos como una queja sepulcral.

Rubén continuó:

—Presientes las voces macabras. . . .

Y, acercando sus labios á mi oído, murmuró misteriosamente:

—¡Eres syrningo!

—Tú posees el quinto grado,—le respondí.

—Es también el tuyo; pues, de otro modo, no me interpretarías.

Y, poniendo en contacto las yemas de nuestros pulgares, permanecimos silenciosos durante cuatro horas, sorprendidos por el descubrimiento recíproco.

Es cuanto puedo revelar, exotéricamente, sobre la esencia y origen de la Syrninga. Las revelaciones de carácter esotérico son imposibles: perderá la voz quien intente hablarlas, y sufrirá parálisis de la mano quien ose escribirlas; por otra parte, serían absolutamente incomprensibles para los «incírcicos,» es decir, para los «no-syrningos.»

*
* *

De las Notas Bibliográficas de *La Quincena* de San Salvador, entresacamos estas líneas que calza con su firma Vicente Acosta:

«Acabamos de leer la última producción, un poema, de José Peón y Contreras, el ilustre anciano poeta que próximamente será coronado en México, de manera inusitada y pomposa, á juzgar por los preparativos hechos para tan culta manifestación de aprecio al talento. *Flérida y Garcilazo* es el título del poema, en cuatro cantos, precedido de ligeros apuntes biográficos referentes á Garcilazo de la Vega, á quien sus contemporáneos «le dieron el título de Príncipe de los poetas castellanos,» el mismo favorito del Emperador Carlos V, que encontró la muerte en el asalto de la Torre de Muey, cerca de Trèjus, á la salida de Provenza. «Y tanto fué el cariño y la estimación, dice Peón y Contreras, que Carlos V tuvo al poeta, que mandó pasar á cuchillo á todos los que defendían la torre.»

«Asunto de ese poema son los supuestos amores de Garcilazo con la hermosa pastora Flérida, que termina con la trágica y temprana muerte del poeta: y está matizada la narración con descripciones y detalles que corren tranquilamente por entre una fácil y armoniosa versificación. No encontraréis allí la imagen atormentada de un refinado del verso, ni la maravillosa sutileza eurímica de un *orquestal*, ni los tintes ultraterrestres de un paisajista torturado por la originalidad. Peón y Contreras es de los maestros del viejo romanticismo: natural, sencillo, ingenioso; pone en sus versos el tesoro de la fuerza tropical de su numen.

«El poema *Flérida y Garcilazo* es una nueva muestra de que los años no han logrado apagar en el alma de Peón y Contreras la sagrada llama de la poesía.»

*
* *

La prensa de San Salvador se ha visto poderosamente realizada con el advenimiento de *Obnibus*, una excelente publicación ilustrada, de literatura humorística, que dirige el conocido escritor festivo D. Francisco R. González.

Todo su material es original y de positivo mérito, dentro de su género, se entiende.

*
* *

Al comentar M. Louis Guilaine, en *La Renaissance Latine*, el verdadero carácter del *Quijote*, como simbolo ó encarnación del espíritu de la raza latina, da cuenta de que el eminente escritor Jean Richepin acaba de escribir para la Comedia Francesa, debiendo representarse muy pronto, un drama, *Don Quijote*, perfectamente apegado á la monumental obra del Manco de Lepanto; pero con una conclusión del todo opuesta á la de la primera novela española.

Cervantes, dice, nos muestra á Don Quijote muriendo, curado de su locura, confesándose vencido por el buen sentido vulgar de Sancho; pero, ¿la derrota del idealismo por el materialismo, del sentimiento por la razón, es el fin moral que debe deducirse de la obra?

Richepin no piensa de este modo, y en su drama, estando el héroe manchego á punto de abandonar con la vida las locas aventuras que persigue, observa que no han sido vanas ni infecundas. Llevándole á la zaga por los caminos de Castilla, en su fantástica carrera contra molinos, alguaciles y encantadores, ha ennoblecido y educado al burdo y materialista Sancho Panza, y éste es, á su vez, quien no quiere renunciar después al ideal que le ha revelado el Caballero de la Triste Figura.

* *
*

Sumario del último número de la preciosa revista parisina, de Literatura y Arte, *L'Ermitage*:

Augues Rebell, *por M. René Goylesve*; Le Poète et sa Femme (poema), *por M. Francis Tammes*; L'Assassinat de Marthe Lauraine (nouvelle), *por M. Edouard Ducoté*; Madame d'Aulnoy ou la Fée des Contes, *por M. Edmond Pilon*; La Poésie, *por M. Francis Vielè-Griffin*; Notes.

*
* *

Con la facilidad con que pudiera haberlo hecho en español, Santiago Pérez de Tria-

na, el poligloto literato colombiano, acaba de escribir directamente, en inglés, un libro, al que puso el título de *Alma Mater y Mater Natura*.

Trae esa nueva obra, que viene á enriquecer la ya vasta bibliografía latino-americana, un precioso prólogo del altísimo poeta Rubén Darío, tan brillante de forma y erudito de fondo, como todos los que, á manera de regio pórtico, ha ido poniendo en las suntuosas arquitecturas de muchos libros. La *Revista Contemporánea*, de Bogotá, ofrece á sus lectores una reproducción de esta última pieza literaria de Darío, dándoles oportunidad de hacerlos apreciar, una vez más, el producto de una de las más bellas y raras inteligencias, y de hacerles conocer, por tan respetable referencia, los altos méritos del nuevo libro de Pérez de Triana.

*
* *

A propósito de unas postales que circulan por la Unión, representando en fotografía directa una casa provenzal que lleva esta leyenda: «La verdadera casa de Tartarín de Tarascón,» Eloy G. González se pregunta en una nota de *El Cojo Ilustrado*, de Caracas, si existió realmente Tartarín y, á este respecto, dice: En vida de Daudet se hicieron muchas hipótesis y conjeturas relativas al verdadero modelo que había servido al grande escritor para su magistral caricatura:—«Es *fulano*, decía uno; es *zutano*, decía otro». . . . Daudet sonreía dentro de su fina barba; no decía sí, ni no; se divertía con los cazadores del verdadero Tartarín, despistándolos alegremente, dejando entender que el héroe tarasconés podía ser de Nimes. . . . ó de otra parte.

Sin embargo, los tarasconeses sabían la verdad; pero no la decían, porque ¡tanto se han mofado de ellos! Ahora que Daudet y Tartarín han entrado en la inmortalidad, los tarasconeses hablan. Jules Vèran ha ido á registrar los archivos de Tarascón, y ha dado con los siguientes informes:

«El verdadero nombre de Tartarín era *Jean Pittalonga*, originario de la isla de San Pedro, en Cerdeña. Fué hecho prisionero y reducido á esclavitud por los piratas que infestaban el Mediterráneo; rescatado por los Padres de la Orden de la Trinidad, que se consagraban al rescate de los esclavos. Tenía entonces veintidós años. Se le condujo á Tarascón, en donde los Trinitarios de aquella villa lo conservaron para administrar sus propiedades. Su carácter amable, jovial; su gusto por la caza y las aventuras, lo hicieron inmediatamente notar de sus nuevos compatriotas, entre quienes se hizo muy popular. Como había sido rescatado, según lo hace constar la *Lista* oficial de los rescates efectuados por los Trinitarios, en los estados de Sidi-Mouley-Mohamed-Abdallah, emperador de Marruecos, que entonces formaban parte de la región conocida con el nombre de Berbería, ó Barbaría, ó Estados Barberiscos ó Barbariscos, lo llamaban, en chanza, *Sidi-Barbari*, sobrenombre que pronto se convirtió en *Barbarín*.

«Después de la venta de los bienes nacionales, Pittalonga, llamado *Barbarín*, se vió obligado á abandonar la quinta de los Trinitarios que ocupaba, y fué recogido en una quinta vecina, que, para la posteridad, llegó á ser la casa de Tartarín.

«Pittalonga-Barbarín acompañó algunas veces, en efecto, á los Padres en sus viajes al África, y se aprovechaba de ellos para cazar las grandes fieras del desierto; al regreso de uno de aquellos viajes, no apareció más por Tarascón, y siempre se ha supuesto que el desdichado é intrépido cazador fué herido por un león y devorado por la terrible fiera á la que disputaba el imperio del desierto. . . .

«De manera, pues —concluye Eloy G. González,— que la leyenda había sido injusta, y que Tartarín fué un verdadero cazador, un verdadero matador de leones, un bravo.

L. C.



Después de un instante de minuciosa atención, Redwood se puso de espaldas á la ventanilla y quedó meditabundo. No tenía ya qué hacer, ni qué ver hasta que hablara con los hijos del alimento. Se hallaba fatigado con las angustias y emociones de los días pasados. Al principio, le pareció que su ánimo estaba abatido; pero, después de fortificarse con una taza de café bien cargado, sus pensamientos eran más claros y más precisos. Su memoria pasó revista á todos los acontecimientos de aquellos días, y haciendo un esfuerzo ahogó el recuerdo de todo lo que había sabido y volvió al curso de sus ideas, á las grandes contingencias con que se veía entretegida su propia vida de un modo tan extraño. Repasó de nuevo, y ahora á la luz de los hechos consumados, la manera como el alimento había penetrado en el mundo y el enorme desenvolvimiento que llegó á alcanzar. «¡Y el olvidado Besington creyó que sólo sería un buen alimento para la infancia!» murmuraba Redwood y sonreía débilmente. Luego, recordó sus dudas horribles cuando se decidió á administrárselo á su propio hijo. Desde entonces, con una fuerza de expansión cons-

tante y á pesar de los esfuerzos de los hombres por impedirlo, el alimento había logrado desarrollarse por todo el mundo conocido. «¿Y ahora, qué sucederá?» se preguntaba el sabio. Y se contestaba á sí propio: «Aunque los maten á todos, la cosa está hecha.»

El secreto de la fabricación era ya conocido universalmente: Redwood se había cuidado muy bien de hacerlo público. Y las plantas, los animales y una multitud de niños, creciendo de un modo exagerado, conspiraban incesantemente hasta que llegaran á obligar al mundo á someterse al alimento, sucediera lo que quisiera en la lucha ya entablada.

—¡La cosa está hecha! —repetía Redwood sonriente, mientras su espíritu vacilaba, á pesar de los esfuerzos que hacía por fijarle en la suerte de su hijo y de todos los gigantes. ¿Los encontraría exhaustos por los esfuerzos hechos en la batalla, heridos, hambrientos, muy cerca de la derrota, ó seguirían fuertes y animosos dispuestos al conflicto aún más pavoroso del mañana? ¿Los hallaría dispuestos á hacer frente á las tropas que Caterham amenazó enviar contra ellos? ¿Sería cierto el hecho que hasta sus

oídos llegó de que los gigantes se habían apoderado de los acorazados de la escuadra que anclaban en el puerto y los rodearon por las bordas de grandes maderos, producto de la Herakleofobia, para ayudarles á sostener el pesc de mayor número de cañones del que ya contaban, cañones de los que se hicieron dueños entrando violentamente en los arsenales y parques de artillería y asustando con su presencia al personal que en dichos sitios se encontraba?

Redwood conocía algunos de los preparativos de Cossar, pero no todos, y no sabía hasta qué punto estarían los gigantes dispuestos á hacer frente á las órdenes de Caterham. Durante algún rato, abrigó resentimientos contra Cossar. Luego, tuvo que admitir que los preparativos para la resistencia habrían sido hechos á la vez y hacia tiempo. Redwood sabía también que Cossar sentía algo más que cierto desprecio hacia él cuando trataba de asuntos relacionados con la conducta y los negocios. Pensando esto, las ideas de Redwood cambiaron de dirección de un modo extraño. Encontróse á sí propio en un platillo de la balanza, y se figuró á su amigo en el otro, y llegó á sentir cierta envidia y algo muy parecido al resentimiento. Al fin y á la postre, ¿por qué las cosas habían caído de tal modo en manos de Cossar? El alimento era suyo, de Redwood y de Bensington; Cossar sólo habíase enterado de él casualmente, ¡y ahora se lo estaba quitando á ellos! Y empezó á comparar á los jóvenes Cossar con su propio hijo.

Mas, al cabo, volvió de nuevo á la ansiedad en él predominante: ¿qué tal estarían los gigantes sitiados en su campamento?

II

Despertó de sus meditaciones con la parada del tren en la estación de Chiselhurst. Reconoció el lugar por el torreón de alarma contra las ratas inmensas que coronaba la cima de Camden Hill, y por la hilera de cicuta gigante en flor que cerraba el camino

por ambos lados. El secretario particular de Caterham saltó del otro coche y le dijo que media milla más allá estaba destruida la vía y que, por lo tanto, era de opinión que continuaran el viaje en automóvil.

El sabio Redwood bajó entonces á un andén alumbrado solamente por un farol de mano y refrescado por la brisa fría de la noche. La quietud de aquel arrabal abandonado, poblado de árboles y de yerbajos, solitario porque todos sus habitantes se habían refugiado en Londres al estallar el conflicto, le impresionó profundamente. Su guía le condujo escaleras abajo hasta donde esperaba el automóvil con sus grandes luces encendidas, las únicas que se veían, y luego, después de recomendarle al conductor, se despidió del inventor de la Herakleofobia.

—Haga usted todo lo que pueda por nosotros,—le dijo mientras le apretaba la mano.

En cuanto Redwood se acomodó, marchó el vehículo lentamente. Bajaron el declive de la estación, dieron la vuelta á la primera esquina y luego á otra, y siguieron el camino entre los numerosos hotelitos, hasta entrar en la carretera. Entonces, apretó la marcha la máquina hasta alcanzar la velocidad máxima, y se hundieron en las tinieblas de la noche. A la luz de las estrellas, las cosas parecían aún más oscuras y el mundo se encogía misteriosamente y desaparecía sin el menor ruido. No se oía nada, ni el aliento de las cosas, que parecían volar á su lado. Los hotelitos blancos y abandonados que había á ambos lados de la carretera, con sus ventanas cerradas recordaban al viajero una silenciosa procesión de cráneos. El conductor del automóvil parecía mudo, ó acaso le habían impuesto silencio las condiciones del viaje. Contestó á las breves preguntas de Redwood con monosílabos y ásperamente. A través del cielo del Sur, los rayos de los reflectores eléctricos cruzaban como relámpagos silenciosos: eran los únicos testimonios de vida en todo aquel mundo abandonado que atravesaba la máquina veloz. Luego, el camino se vió obscurecido por los brotes del endrino gigantesco que

crecía á ambos lados de la carretera, y por yerbas enormes, monstruosas matas y ortigas altas como árboles que aleteaban por encima pareciendo siluetas negras. Más allá de Keston llegaron á una colina, y el conductor refrenó la marcha. En la cima se paró el automóvil; la máquina resolló ruidosamente hasta quedar inmóvil.

—¿Allí?—dijo el conductor señalando con su índice enguantado una forma negra y monstruosa.

Allá lejos, iluminado por los reflectores eléctricos, elevábase el terraplén á las alturas. Aquellos rayos de luz se hundían por entre las nubes y lamían el suelo montuoso, como si fueran engendros fantásticos.

—¿Allí?—preguntó nuevamente el conductor, indicando claramente que tenía miedo de seguir adelante.

De pronto, la luz de un reflector pareció bajar desde las nubes hasta ellos; pero se detuvo como si la mano que la moviera se hubiera petrificado. Seguían ambos viajeros sentados, cubriéndose los ojos con las manos y tratando de observar la luz por entre sus dedos.

—¡Adelante!—dijo Redwood después de un momento.

El conductor dudaba y expresó sus dudas volviendo á repetir:—¿Hacia allí?

Por fin, se atrevió á continuar.

—¡Pues allá vamos!—dijo.

Y puso nuevamente la máquina en movimiento, continuamente perseguida por aquel enorme ojo de luz. A Redwood, durante un buen rato le pareció que habían dejado el mundo y que con palpitante velocidad atravesaban una nube luminosa.

—¡Taf!, ¡taf!—hacia la máquina.

Y á cada instante, obedeciendo al parecer á no sé qué impulso nervioso, el conductor hacía sonar la bocina.

Entraron en la apetejada obscuridad de una vereda cubierta por alta empalizada, bajaron luego á una hondonada, y después de pasar algunas casas se vieron otra vez enfocados por la luz.

Durante un buen espacio, el camino siguió descubierto. Atravesaron una duna y

pareció como que quedaban temblorosos y suspendidos en la inmensidad. Nuevamente atravesaron matas monstruosas, y de pronto se vieron en presencia de un gigante cuyas piernas brillaban á la luz del reflector, y cuyo busto y cuya cabeza se perdían en las obscuras profundidades del cielo.

—¿Quién va?—gritó el gigante.—¡Alto! Aquí se acaba el camino...

Y luego, al reconocer á la persona que hasta ellos llegaba, dijo todo admirado:

—¡Es nuestro padre Redwood!

Este se puso en pie y dió un grito por toda contestación. Inmediatamente, vió á Cossar á su lado, que le cogía ambas manos y le sacaba del automóvil.

—¿Qué le pasa á mi hijo?—preguntó Redwood.

—Está bién,—contestó Cossar.—No le ocurre nada grave.

—¿Y los hijos de usted?

—Bien . . . ¡Todos están bien! ¡Pero no ha sido poco lo que hemos tenido que luchar para conseguir tal resultado!

El gigante, mientras tanto, hablaba con el conductor. Redwood se apartó para dejar que el automóvil diera la vuelta, y de repente desaparecieron delante de sus ojos Cossar y todo lo que momentos antes había visto, encontrándose durante un rato en la más absoluta obscuridad. La luz seguía al vehículo alumbrándole hasta la colina de Keston. Se quedó Redwood contemplando al automóvil envuelto en un nimbo de luz deslumbrante: hacía un efecto extraño, pues no parecía moverse, sino sólo la luz que lo envolvía. Un numeroso grupo de gigantes de aspecto belicoso apareció haciendo extrañas gesticulaciones, y para desaparecer nuevamente en las tinieblas de aquella noche. Al fin, vió nuevamente Redwood la silueta de Cossar, y se agarró fuertemente á la mano del ingeniero.

—Me han tenido encerrado é ignorante de todo esto durante dos días mortales—díjole al fin.

—¡Hemos disparado alimento contra ellos!—contestó Cossar.—¡Treinta disparos les hemos dirigido!

—Yo vengó de ver á Caterham.

—Ya lo sé,— contestó Cossar riéndose y mostrando en su ánimo cierta amargura.

III

—¿Dónde está mi hijo?—dijo Redwood con la insistencia del hombre que no sale de un tema.

—Está bien, ya se lo he dicho á usted.... Los gigantes esperan el mensaje que usted les trae de parte de Caterham.

—Bien.... Pero, quisiera ver á mi hijo....

Bajó con Cossar un túnel larguísimo, que se iluminaba de rojo un momento para volver á obscurecerse, hasta llegar á un hoyo, refugio que se habían preparado los gigantes. La impresión primera que tuvo Redwood fué la de hallarse en un inmenso circo rodeado de altísimas rocas, y cuyo suelo estaba muy embarazado. Todo hallábase en las tinieblas, espantadas por la luz de los reflectores del vigía que pasaban por encima continuamente y á gran altura, y por el llamear rojizo que salía de un lejano rincón donde dos gigantes trabajaban haciendo ruidos metálicos.

Por fin, los ojos del sabio divisaron, á medida que la luz iba dando la vuelta, los contornos familiares de los antiguos techados de las habitaciones que sirvieron para talleres y juegos á los gigantes, que parecían ocupados en reparar los desperfectos que en aquella construcción habían producido los cañones de Caterham. Se veían en lo alto inmensas baterías y grandes montones de cilindros, que acaso fueran municiones. En todo el amplio espacio inferior se dibujaban las siluetas de enormes máquinas y de incomprensibles formas en completo desorden. Los gigantes aparecían y desaparecían entre aquellas moles, bajo la luz indecisa: eran como inmensas figuras que armonizaban con las cosas entre las cuales se movían. Algunos trabajaban activamente; otros estaban sentados, y los menos echados como buscando el sueño. El más cercano á Redwood, cuyo cuerpo estaba vendado,

aparecía profundamente dormido, acostado sobre un tosco lecho de ramas de pino. El sabio químico examinó aquellas vagas formas, dirigiendo ávidamente sus ojos de un cuerpo á otro.

—¿Dónde está mi hijo, Cossar?—preguntó nuevamente.

Entonces, le vió. Estaba sentado á la sombra de una muralla de acero. Le reconoció por la actitud, pues todas sus facciones permanecían invisibles, y toda su figura formaba sólo una gran masa negra. El gigante apoyaba la cabeza en una de sus manos; hallábase como abatido, como absorto en profundas meditaciones. A su lado, descubrió Redwood á la princesa, ó más bien sospechó que lo fuera un contorno negro que allí estaba; y, cuando la luz vacilante le dió de lleno un momento, vió la dulce fisonomía de la joven, impregnada de infinita melancolía. Se hallaba la princesa en pie, mirando á su amante y apoyando las manos en la muralla de acero; al parecer, le hablaba en voz baja.

Redwood quiso acercarse á ellos; pero Cossar le detuvo, diciéndole:

—Luego hablará usted con ellos. Ahora, antes que nada, el mensaje. . . .

—Bien—dijo Redwood,—pero. . . .

Interrumpióse porque vió á su hijo que levantaba la cabeza y hablaba con la princesa; pero lo hacían en voz tan baja que no pudieron, ni el sabio ni Cossar, oír lo que decían. Ella se inclinó hacia él y miró á su alrededor antes de contestarle.

—Y si somos vencidos. . . .—oyeron, por fin, decir al joven Redwood.

Ella calló, y al darla nuevamente la luz se vió que sus ojos brillaban húmedos de lágrimas, y que, inclinándose aún más hacia él, le hablaba en voz muy imperceptible. Había algo tan íntimo y secreto en la conducta de ambos jóvenes y en su tierna y misteriosa conversación; que Redwood, que sólo hacía dos días que pensaba en su hijo, se vió cohibido, y por la primera vez en su vida se dió cuenta perfecta de la diferencia que hay de ser padre á ser hijo, y comprendió el predominio completo que ejerce el

futuro sobre el pasado: entre aquella pareja él no representaba papel alguno. Y volviéndose el sabio hacia Cossar, como movido por una resolución súbita, le dijo:

—Voy á entregar ahora mi mensaje.

El lugar era tan vasto y se hallaba tan repleto de cosas, que Redwood y Cossar tuvieron que emprender larga y tortuosa caminata hasta llegar á un sitio donde pudieran hablar para que todos les oyesen. Siguieron un camino hondo, bajo un arco de aquella enorme maquinaria, y llegaron á una ancha senda que atravesaba el fondo del hoyo. Este camino, aunque bastante amplio, era relativamente estrecho, teniendo en cuenta la magnitud de los gigantes; pero, aun así, contribuía con todo lo demás á dar á Redwood una idea aproximada de su minúscula pequeñez: parecía un desfiladero abierto en las rocas. Por encima, y á una altura inconmensurable, se veían pasar y repasar los reflectores. Voces gigantescas resonaban arriba llamando á los hijos del alimento al consejo bélico para oír las proposiciones de Caterham. El desfiladero seguía bajando hacia la inmensidad oscura, entre sombras y misterios y cosas inconcebibles. Redwood avanzaba con paso lento y vacilante, mientras Cossar marchaba sereno é imperturbable.

Los pensamientos del sabio seguían en actividad. Penetraron, por fin, en profundas tinieblas, y Cossar cogió á Redwood por la mano. Marchaban ahora con gran lentitud, y el anciano químico no pudo menos de decir:

—¿Qué extraño es todo esto!

—¿Es grande, muy grande! —contestó Cossar.

—Y más extraño aún es que me cause asombro, siendo yo, hasta cierto punto, el principio de todo ello. . . .

Y se calló, pensando en su significación en medio de aquellas grandezas. Mas, al cabo, dijo:

—¿Y no haber pensado antes en ello, dejando, en cambio, que fueran pasando los años! Pero ya veo que esta es una generación nueva, con emociones nuevas y necesidades nuevas.

Y su amigo Cossar le vió señalar las cosas maravillosas que le rodeaban.

—¿Todo esto es juventud!

Cossar no contestó. Sus pasos irregulares sonaban sin interrupción.

—No es nuestra juventud, Cossar. ¡Esta la pasan ellos por alto! Empiezan según sus propias ideas y emociones, según su experiencia y de un modo *sui generis*. ¡Hemos creado un mundo nuevo y no nos pertenecel..., Este gran espacio....

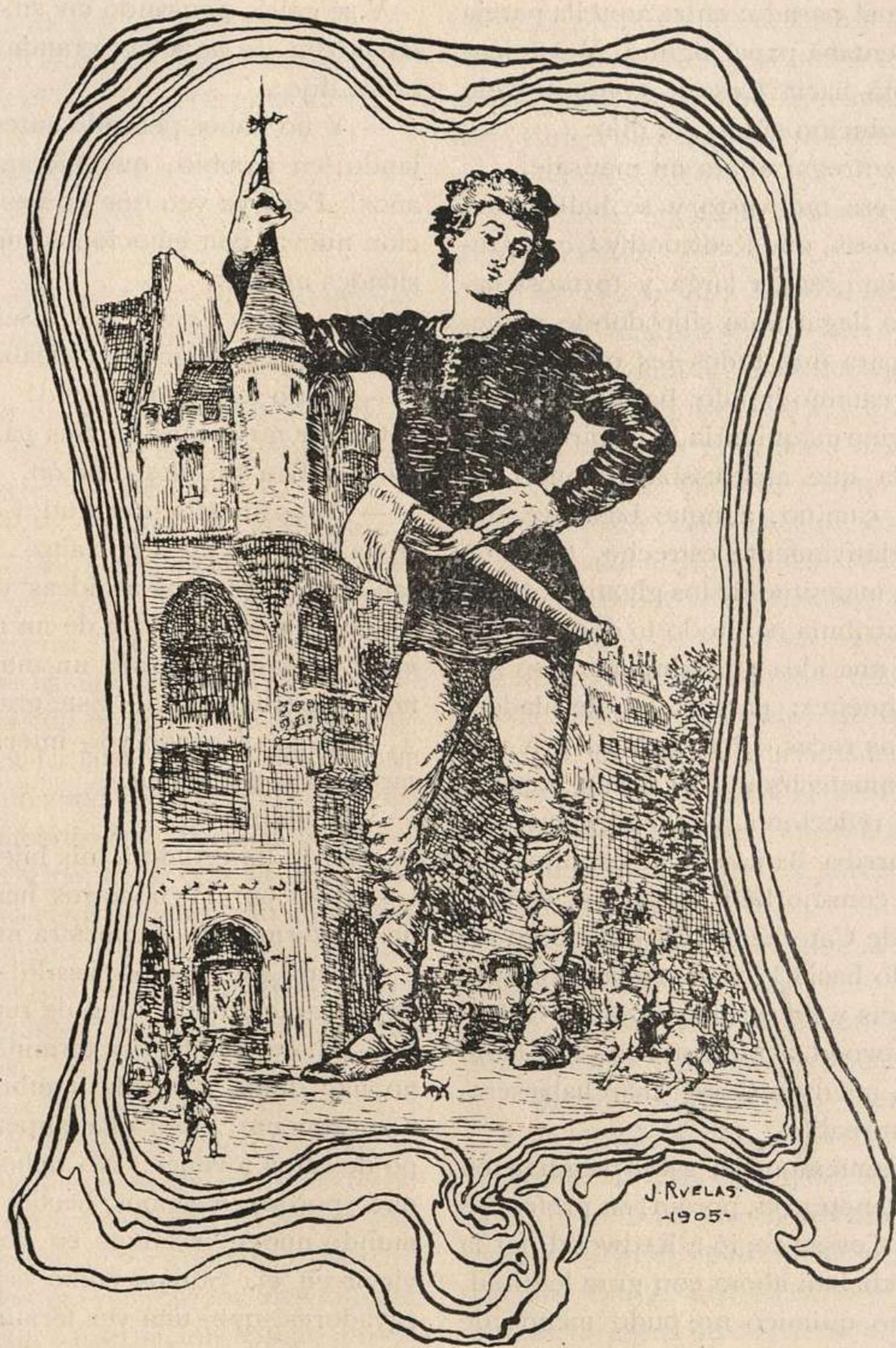
—Lo he planeado yo—interrumpió Cossar acercando la cara.

—¿Y ahora?

—Se lo he cedido á mis hijos.

—¿Eso es! ¿Y nosotros hemos pasado, hemos terminado ya nuestra misión?

—Claro que hemos pasado!—dijo Cossar en su característico tono de repentina cólera.—¿Claro que hemos terminado! De eso no hay duda. ¡A cada hombre su tiempo, naturalmente! Ahora ha empezado el tiempo de estos jóvenes. No debemos suponer que, porque hayamos hecho nosotros un mundo nuevo, estemos en condiciones de virvir en él. Somos como la cuadrilla de cavadores, que, una vez terminado su trabajo, se largan. ¿Lo ve usted? Expresamos nuestros pequeños cerebros y nuestras diminutas emociones, ¿para qué? ¡Para que los que vengan después vuelvan á empezar desde el principio! ¡Siempre lo nuevo!



IV

Emprendieron otra vez la marcha el sabio químico y el ingeniero, y, después de dar muchas vueltas y de subir unos escalones, llegaron á un saliente que permitía dominar la parte más extensa del hoyo de los gigantes y desde donde suponían que Redwood podría hacerse oír de toda la asamblea de titanes. Estos se hallaban reunidos y colocados á diferentes alturas para escuchar mejor el mensaje que el sabio había de darles. El hijo mayor de Cossar estaba en el borde

superior vigilando el campo con los reflectores, porque temían que el enemigo violara el armisticio. Los que trabajaban en el gran reflector del rincón se hallaban iluminados por su propia luz; estaban casi desnudos y volvían la cara hacia Redwood; pero sin descuidar las obras de fundición, que no podían abandonar. Los gigantes tenían la menor cantidad posible de luz en el hoyo, con el fin de que sus ojos estuvieran dispuestos á distinguir inmediatamente cualquier fuerza que quisiera atacarles repentinamente. Pero, de vez en cuando, algún

rayo de luz daba en uno de aquellos grupos de formas inmensas, permitiendo, entonces, distinguir á los gigantes de Sunderland, vestidos con placas de metal ó de cuero, ó con mallas de cuerda ó tejidos de metal, según sus condiciones individuales. Estaban sentados unos entre las máquinas, descansando en ellas; otros, permanecían en pie y se apoyaban en armas y aparatos tan poderosos como ellos mismos, y en las caras de todos brillaban los ojos, llenos de firmeza y admiración.

Redwood hizo un esfuerzo para hablar y no pudo. Pero vió destacarse la cara de su hijo entre las llamas del fuego y observó que le miraba con ternura y energía al mismo tiempo, y entonces encontró la voz firme y segura que antes le había faltado, voz que llegó hasta todos los gigantes.

—Vengo de parte de Caterham—decía Redwood.—Me mandó veros y comunicaros las proposiciones que os hace.

Calló un momento, y luego dijo:

—¡Son proposiciones imposibles! Ahora que os veo aquí á todos reunidos comprendo que son imposibles. Pero he venido porque necesitaba veros á todos y á mi hijo. En fin, escuchad lo que propone Caterham. Quiere que salgáis de aquí y os trasladéis á otra parte.

—¿A dónde?

—¡Ni él mismo lo sabe! Me indicó vagamente que os fuerais á alguna gran región del mundo, muy apartada. Exige que no fabriquéis más alimento, ni tengáis hijos, y que viváis á vuestro modo el tiempo que os queda de vida hasta que terminéis para siempre.

Volvió Redwood á hacer una pausa.

—¿Y eso es todo?—preguntaron los titanes.

—Eso es todo.

Hubo un silencio profundo. Redwood se sentó entonces en la silla que le habían llevado, curioso fragmento del mobiliario de una casa de muñecas entre las inmensidades allí amontonadas. Cruzó el sabio una pierna sobre otra, y, agarrándose la bota nerviosamente, se sintió pequeño y presuntuoso

y se encontró colocado en una posición absurda. Luego, al oír el sonido de una voz, volvió á olvidarse de sí mismo.

—¡Ya lo habéis oído, hermanos!—dijo una voz saliendo de entre las sombras.

Otra voz contestó:

—¿Qué vamos á contestar, hermanos?

—¡Que no, que no!

—¿Y luego?

Reinó el silencio durante algunos segundos, hasta que una voz dijo, al fin:

—¡Esas gentes pigmeas tienen razón! Según sus apreciaciones, han estado en lo cierto al destruir todo lo que era mayor que su especie, ya fuesen plantas, animales ó cualquier otra cosa que excediera lo común de su magnitud. Estuvieron en su derecho al asesinarlos, lo están también al exigir que no nos casemos. Repito que, desde su punto de vista, tienen razón: saben, y es tiempo de que también nosotros lo sepamos, que no puede haber gigantes y pigmeos en un mismo mundo. Caterham lo ha dicho repetidas veces: «¡O el mundo es nuestro ó es de ellos!»

—Ahora somos, escasamente, medio centenar de personas—observó otro de los gigantes,—y ellos son millones y millones. . . .

Hubo otro largo silencio.

—Entonces, ¿no nos queda sino morir?—se oyó al cabo.

—¡Dios no lo permita!

—¿Han de morir ellos?

—Tampoco.

—Pues Caterham quiere que acabemos nuestras vidas, muriendo uno tras otro hasta que solo quede uno, y cuando ese uno también haya muerto, destruir todas las plantas y yerbas gigantes, acabar con todo lo grande, cauterizar con el fuego los rastros y huellas del alimento, en una palabra, acabar para siempre con nosotros. Entonces, se encontrará el mundo pigmeo en salvo, seguirá viviendo su misera vida de enano, con sus mezquinas bondades y crueldades, con sus inacabables guerras que van dando cuenta del exceso de población, porque así llegarían á fundar una ciudad del mundo en donde practicarían sus artes minúsculas y

se adorarían mutuamente . . . ¡Hermanos, ya sabemos lo que tenemos que hacer!—terminó la voz que había hablado.

En el vaivén que producía la luz del reflector pudo ver Redwood cómo todas aquellas caras juveniles y enérgicas se volvían hacia su hijo.

—¿Quieres decir, hermano—preguntó una voz saliendo de la obscuridad,—que la gente menuda debiera tomar también el alimento?

—¿Qué otro remedio queda?

—¡Nosotros somos cincuenta solamente, y ellos llegan á muchos millones!

—Pero nos hemos sostenido, y seguiremos sosteniéndonos.

—Sí; pero acordaos de los muertos.

Otra voz hizo observar:

—¡Los muertos! ¡Pensad mejor en los que no han nacido!

—¡Hermanos!—dijo entonces el joven Redwood.—¿Qué nos queda que hacer sino luchar, y, si conseguimos vencerlos, obligarles á que tomen el alimento? Supongamos que renunciamos á nuestra herencia y hacemos esa locura que propone Caterham; supongamos que reprimimos esta grandeza que se agita dentro de nosotros, que rechazamos lo que nuestros padres hicieron por nosotros y que nos convertimos en nada: ¿qué sucedería? ¿Acaso este pequeño mundo, de que son dueños esos pigmeos, volvería por ello á su primer estado? Pueden luchar contra la grandeza que hay en nosotros, porque somos hijos de los hombres; pero, aunque nos destruyan á todos, uno por uno, ¿qué conseguirán? ¿Se han de salvar acaso? ¡No! La grandeza está en todo, no sólo en nosotros ni en el alimento, sino en la vida propia de todas las cosas: es parte de la naturaleza de éstas, del espacio y del tiempo . . . ¡Crecer y siempre crecer, desde el principio hasta el fin, eso es la ley de la vida! ¿Qué otra ley puede haber? ¡Ayudemos, pues; contribuyamos con todas nuestras fuerzas á que los demás crezcan como nosotros!

—¡Lucharán hasta dominarnos!—observó una voz.

Y otra dijo:

—¿Qué importa eso?

—Sí, lucharán—asintió el joven Redwood,—no dejarán de pelear, y espero que sean francos y lo hagan á cara descubierta. Pero, de un modo ó de otro, lucharán en contra nuestra. Si no somos prudentes, nos encontraremos con que sólo hemos vivido para proporcionarles ventajas en contra de nuestros hijos y de nuestra especie. Hasta ahora, esto es sólo el preludio de una batalla: algunos de nosotros pereceremos, otros obstruirán el camino. Lo cierto es que no obtendremos una victoria fácil: de ello podéis estar seguros. Mas con tal de que conservemos el espacio de un pie y dejemos detrás de nosotros una hueste creciente que pelee cuando nosotros hayamos desaparecido, ¿qué nos importa todo lo demás?

—¿Y mañana?—preguntó uno de los gigantes.

—Desparramaremos el alimento por todas partes, y saturaremos al mundo entero con él.

—Pero, supongamos que se avienen á proposiciones . . .

—Nuestras proposiciones son únicamente el alimento, el alimento y el alimento. ¿Qué derecho pueden tener los padres para decir: «Mi hijo no ha de ver más luces de las que yo he visto, ni ha de exceder en tamaño al que tenemos nosotros?» ¡Hablo por vosotros, hermanos!

Murmillos de asentimiento contestaron al joven Redwood.

—¡Sí, y también por las que han de ser madres de una nueva raza!

—Pero en la siguiente generación, aún habrá forzosamente grandes y pequeños—observó el anciano Redwood, con los ojos clavados en la cara de su hijo.—Y los pequeños molestarán á los grandes, y los grandes oprimirán á los pequeños.

—Surgirá entonces el conflicto, que será interminable por la eterna mala inteligencia de esos pigmeos. ¡Como si lo grande y lo pequeño no pudieran comprenderse!—dijo el joven Redwood.

—Entonces—observó el sabio químico—debo volver al lado de Caterham para decir: